

Mons. Fernando Ocariz

VIVIR COMO HIJOS DE DIOS



Morgan Software

© 2006 Morgan Software para la Edición Electrónica formato PDF.
Este libro pertenece a una biblioteca circulante. No puede venderse, arrendarse
ni ser impreso.

INTRODUCCIÓN.

Ser hijos de dios.

1. El designio divino..
2. Hijos de dios, partícipes de la vida divina de la santísima trinidad..
3. Hijos de dios en cristo: ser «ipse christus»
4. Hijos de dios por el espíritu santo...
5. Hijos de dios, hijos de santa maría (y de san josé).
6. Hijos de dios, hijos de la iglesia (y del romano pontífice)
- 7 la libertad de los hijos de dios...
- 3.. Hijos de dios, hermanos de todos los hombres
8. Un «enemigo imponente»....

Obrar como hijos de dios..

1. En todo, hijos de dios
2. El trabajo de los hijos de dios....
4. La oración de los hijos de dios...
5. El apostolado de los hijos de dios..
6. La alegría, el dolor y la muerte de los hijos de dios.
7. La conversión de los hijos de dios...

Conclusión.

Hijos pequeños del padre...

Unidad de vida y plenitud cristiana.

Introducción....

Los fundamentos de la unidad de vida

1. El designio divino
2. La gracia y la caridad
3. Correspondencia a la gracia: lucha ascética
4. Rectitud de intención, presencia de dios, sentido de la filiación divina

Aspectos de la unidad de vida.

1. Ser muy humanos y muy divinos
2. Santificación de la vida ordinaria
3. Contemplación y acción....
4. Santidad personal y apostolado...
5. Doctrina y vida...
6. Libertad y obediencia...
7. Alegría en el sufrimiento.

Conclusión...

Identificación con cristo

La filiación divina, realidad central
en la vida y en la enseñanza
de Mons. Escrivá de Balaguer

Introducción

Desde el 26 de junio de 1975, innumerables personas de países y condiciones diversas han venido expresando la profunda e indeleble huella que ha dejado en sus almas la vida y la enseñanza de Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer. Entre estas personas están también quienes se dedican al cultivo de la ciencia teológica, testimoniando que las aportaciones del Padre -como le llamamos muchos miles de personas en todo el mundo- a la Teología, en su sentido más pleno, hacen de sus enseñanzas un punto de referencia de primera magnitud para el quehacer teológico.

Con palabras de quien mejor puede orientarnos en la tarea de estudiar, bajo cualquier aspecto, la obra de Mons. Escrivá de Balaguer -su sucesor, el Excmo. y Rvmo. Mons. Alvaro del Portillo, actual Prelado del Opus Dei-, entre las características de la predicación del Padre hay que destacar, "en primer lugar, la profundidad teológica. Las homilias no constituyen un tratado teológico, en el sentido corriente de la expresión. No han sido concebidas como un estudio o una investigación sobre temas concretos; están pronunciadas a viva voz, ante personas de las más diversas condiciones culturales y sociales, con ese don de lenguas que las hace asequibles a todos. Pero esos pensamientos y consideraciones están tejidos en el conocimiento asiduo, amoroso de la Palabra divina.

Nótese por ejemplo, cómo el autor comenta el Evangelio. No es nunca un texto para la erudición, ni un lugar común para la cita. Cada versículo ha sido meditado muchas veces y, en esa contemplación, se han descubierto luces nuevas, aspectos que durante siglos habían permanecido velados"[1]

Sin duda, una de esas luces nuevas, de esos aspectos que habían permanecido velados durante siglos, es el sentido de la filiación divina, entendida no como una simple verdad teórica entre otras muchas, sino contemplada y vivida como capital punto de apoyo, como fundamento, de toda la existencia cristiana.

Un eco del impacto vital de la novedad de esta enseñanza del Padre -vieja como el Evangelio y como el Evangelio nuevo, diría- lo encontramos por ejemplo en aquel punto de Camino: «"Padre -me decía aquel muchachote (¿qué habrá sido de él?), buen estudiante de la Central-, pensaba en lo que usted me dijo: ¡que soy hijo de Dios!, y me sorprendí por la calle, 'engallado' el cuerpo y soberbio por dentro... ¡hijo de Dios!"

Le aconsejé, con segura conciencia, fomentar la "soberbia"»[2]

Somos hijos de Dios: una luz nueva que, con ímpetu divino y altura contemplativa, Mons. Escrivá de Balaguer hizo -antes que doctrina teológica, y no sin particular providencia de Dios- alma de su misma alma.

"Por motivos que no son del caso -pero que bien conoce Jesús, que nos preside desde el Sagrario-, la vida mía me ha conducido a saberme especialmente hijo de Dios, he saboreado la alegría de meterme en el corazón de mi Padre, para rectificar, para purifirme, para servirle, para comprender y disculpar a todos, a base del amor suyo y de la humillación mía.

Por eso, ahora deseo insistir en la necesidad de que vosotros y yo nos rehagamos, nos despertemos de ese sueño de debilidad que tan fácilmente nos amodorra, y volvamos a percibir, de una manera más honda y a la vez más inmediata, nuestra condición de hijos de Dios.

El ejemplo de Jesús, todo el paso de Cristo por aquellos lugares de Oriente, nos ayudan a penetrarnos de esa verdad. Si admitimos el testimonio de los hombres -leemos en la Epístola-, de mayor autoridad es el testimonio de Dios. Y, ¿en qué consiste el testimonio de Dios? De nuevo habla San Juan: mirad qué amor hacia nosotros ha tenido el Padre, queriendo que nos llamemos hijos de Dios y lo seamos... Carísimos, nosotros somos ya ahora hijos de Dios"[3]

Ese vivir como hijo de Dios siempre, ha informado también todo su hablar de Dios, de manera que en su enseñanza «el nervio central es el sentido de la filiación divina, constante en la predicación del Fundador del Opus Dei. El autor se hace continuamente eco de la enseñanza de San Pablo: "Los que se rigen por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios. Porque no habéis recibido el espíritu de servidumbre para obrar todavía por temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, en virtud del cual clamamos: Abba, ¡Padre! Porque el mismo Espíritu está dando testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios. Y siendo hijos, somos también herederos; herederos de Dios, y coherederos con Jesucristo, con tal de que padezcamos con El, a fin de que seamos con El glorificados" (Rom VIII, 14-17).

»En ese texto trinitario -la Trinidad Beatísima es otro de los temas frecuentes en estas Homilías-, se indica el camino que lleva, en el Espíritu Santo, al Padre. El camino es Jesucristo, que es Hermano, Amigo -el Amigo-, Señor, Rey, Maestro. La vida cristiana estriba entonces en tratar

continuamente a Cristo; y ese trato tiene lugar en la vida diaria, sin apartar a nadie de su sitio»[4]

La existencia cristiana tiene así una característica radical, que la cualifica en todos sus aspectos: es la vida de los hijos de Dios. «La filiación divina es una verdad gozosa, un misterio consolador. La filiación divina llena toda nuestra vida espiritual, porque nos enseña a tratar, a conocer, a amar a nuestro Padre del Cielo, y así colma de esperanza nuestra lucha interior, y nos da la sencillez confiada de los hijos pequeños. Más aún: precisamente porque somos hijos de Dios, esa realidad nos lleva también a contemplar con amor y con admiración todas las cosas que han salido de las manos de Dios Padre Creador. Y de este modo somos contemplativos en medio del mundo, amando al mundo»[5]

Precisamente afirma Mons. del Portillo, «esta es la idea central del mensaje de Monseñor Escrivá de Balaguer: que la santidad -la plenitud de la vida cristiana- es accesible para todo hombre, cualquiera que sea su estado y condición, y que la ocasión para una entrega sin límites al amor de Dios, y para un ejercicio activo del apostolado en todos los ambientes»[6] Y la Obra que Dios encomendó al Padre -el Opus Dei- puede resumirse como «camino de santificación en el trabajo profesional y en el cumplimiento de los deberes ordinarios del cristiano»[7], es decir, en medio del mundo. Pero, en cualquier circunstancia, «la santidad, tanto en el sacerdote como en el laico -escribía Mons. Escrivá de Balaguer en 1945-, no es otra cosa que la perfección de la vida cristiana»[8]

Se entiende, pues, que desde el principio el Padre haya afirmado que «la filiación divina es el fundamento del espíritu del Opus Dei»[9]. Un fundamento que, siendo el mismo que el de la vida cristiana en toda su riqueza, confiere a ese espíritu una universalidad por la que en él pueden encontrar su camino -y de hecho lo han encontrado- multitudes de personas de toda raza y condición.

Este espíritu, que tiende a manifestarse primariamente en la vida interior de cada uno, informa consecuentemente la misma organización de los apostolados que el Opus Dei lleva a cabo corporativamente. En una de las entrevistas de prensa, recogidas en el volumen Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer, el Padre señalaba, entre las características fundamentales de los apostolados del Opus Dei, «la primacía que en la organización de nuestras labores concedemos a la persona, a la acción del Espíritu en las almas, al respeto de la dignidad y de la libertad que provienen de la filiación divina del cristiano»[10]

En estas páginas se ofrece un primer esbozo de análisis y sistematización, que ayude a la comprensión de la riqueza teológica -verdaderamente impresionante- que contienen las enseñanzas del Fundador del Opus Dei sobre la filiación divina. Semejante tarea es a la vez fácil y difícil. Fácil, porque los textos del Padre, junto a su profundidad, poseen una extraordinaria claridad y fuerza de penetración espiritual: no es necesario interpretarlos, y menos aún someterlos a vivisecciones que quizá les privarían de vida. Difícil, en cambio, porque de hecho la filiación divina lo informa todo en su espíritu y en su palabra, y no está circunscrita a unos cuantos pasajes de sus escritos, por numerosos que fuesen. En este sentido no basta buscar y estudiar los párrafos y las páginas en que figura la expresión filiación divina, o sus equivalentes y derivados. Si el Padre habla o escribe sobre la fe, se trata de la fe de los hijos de Dios, así como al predicar sobre fortaleza, trata de la fortaleza de los hijos de Dios, y al contemplar la realidad de la conversión y la penitencia, su palabra versa sobre la conversión de los hijos de Dios... Toda virtud, todo aspecto del existir cristiano -y aun humano en general- está caracterizado desde dentro, en su vida, en su voz y en su pluma, por ser de los hijos de Dios. Además, toda esta doctrina en sí misma -y más cuando se expresa como fruto de una alta contemplación, y no de una simple especulación- escapa a cualquier sistematización entendida al modo racionalista.

No es éste el lugar y momento de intentar siquiera una aproximación a lo que podríamos llamar biografía espiritual de Mons. Escrivá de Balaguer. Ciertamente sería una luz más poderosa que el simple análisis teológico, más académico, que nos ocupa en estas páginas. Sin embargo, la excepcional riqueza -humana y sobrenatural- de su alma enamorada de Dios, se trasluce constantemente en todas sus palabras.

En cualquier caso, para disponernos a contemplar el misterio de nuestra filiación divina sobrenatural, guiados por Mons Escrivá de Balaguer, sí parece muy conveniente narrar, aunque sea muy brevemente, un episodio concreto de su vida, de aquello que podríamos llamar su biografía espiritual.

El Padre desde el principio, desde niño, había vivido su trato con Dios con la confianza de quien ve en El a un Padre amoroso y omnipotente. Pero fue en 1931 -en Madrid, mientras viajaba en un tranvía- cuando Dios quiso grabar a fuego en su alma y con una nueva luz, el conocimiento y el sentimiento de la filiación divina. Hacía apenas tres años desde que el Señor le había confiado la fundación del Opus Dei; una labor universal, de tal envergadura y novedad que las dificultades y la incompreensión formaban una barrera humanamente insuperable.

Muchos años después comentaría: «Cuando el Señor me daba aquellos golpes, allá por el año treinta y uno, yo no lo entendía. Y de pronto, en medio de aquella amargura tan grande, esas palabras: Tú eres mi hijo (Ps. II,7), tú eres Cristo. Y yo sólo sabía repetir: Abba, Pater!; Abba, Pater!, Abba!, Abba!, Abba! Y ahora lo veo con una luz nueva, como un nuevo descubrimiento: como se ve, al pasar los años, la mano del Señor, de la Sabiduría divina, del Todopoderoso. Tú has hecho, Señor, que yo entendiera que tener la Cruz es encontrar la felicidad, la alegría. Y la razón - lo veo con más claridad que nunca- es ésta: tener la Cruz es identificarse con Cristo, es ser Cristo, y, por eso, ser hijo de Dios»

Todas las páginas que seguirán son, en el fondo, un comentario - hecho en su mayor parte con palabras del mismo Mons. Escrivá de Balaguer- de este texto impresionante, en el que ya se adivina una inigualable riqueza no sólo ascética y mística, sino también teológico-dogmática, a la vez que no puede dejarse de vislumbrar el don de Dios a un alma singularmente privilegiada y fidelísima en su correspondencia al Amor.

I

Ser hijos de Dios

1. El designio divino

Si buscamos una comprensión honda, radical y realista, de nuestra vida, antes que nada hemos de levantar nuestra vista hacia el Cielo, porque sólo en Dios, en su designio global sobre la historia nuestra, podemos encontrar el porqué y el para qué de la existencia. No sólo porque somos criaturas, sino porque, además, «hemos sido establecidos en la Tierra para entrar en comunión con Dios mismo»[11]

La naturaleza humana posee, en sí misma, una consistencia y una dignidad creatural. Sin embargo, el último porqué de su efectiva creación por parte de Dios está más allá de ella misma: Dios nos ha creado, porque ha querido, para darnos gratuitamente una dignidad superior, estrictamente sobrenatural: ser hijos suyos, alcanzar la felicidad de ser domestici Dei, de su familia[12].

Es decir, «no estamos destinados a una felicidad cualquiera, porque hemos sido llamados a penetrar en la intimidad divina, a conocer y amar a Dios Padre, a Dios Hijo y a Dios Espíritu Santo y, en la Trinidad y en la Unidad de Dios, a todos los ángeles y a todos los hombres.

»Esa es la gran osadía de la fe cristiana -nos enseña Mons. Escrivá de Balaguer-: proclamar el valor y la dignidad de la humana naturaleza, y afirmar que, mediante la gracia que nos eleva al orden sobrenatural, hemos sido creados para alcanzar la dignidad de hijos de Dios. Osadía ciertamente increíble, si no estuviera basada en el decreto salvador de Dios Padre, y no hubiera sido confirmada por la sangre de Cristo y reafirmada y hecha posible por la acción del Espíritu Santo»[13]

Creados para alcanzar la dignidad de hijos de Dios..., para penetrar en la intimidad divina: he aquí la conexión inmediata en la que se nos revela el designio de Dios sobre los hombres con el misterio supremo de la Santísima Trinidad. Por su infinita Bondad, Dios ha creado todas las cosas, y entre ellas algunas -las espirituales- las ha hecho de tal modo que pudieran ser introducidas en su intimidad familiar, en la Vida del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, sin destruir, sin forzar, su propia naturaleza de criaturas. El modo de esa introducción, de esa adopción, es la filiación divina: entramos en comunión con Dios por la vía de la filiación, que en Dios es el mismo Hijo Unigénito del Padre.

Sabemos que, en los inicios mismos de la historia, «Adán no quiso ser un buen hijo de Dios, y se rebeló. Pero se oye también, continuamente, el eco de ese *felix culpa* -culpa feliz, dichosa- que la Iglesia entera cantará, llena de alegría, en la vigilia del Domingo de Resurrección (Pregón Pascual).

»Dios Padre, llegada la plenitud de los tiempos, envió al mundo a su Hijo Unigénito, para que restableciera la paz; para que, redimiendo al hombre del pecado, *adoptionem filiorum reciperemus*, fuéramos constituidos hijos de Dios, liberados del yugo del pecado, hechos capaces de participar en la intimidad divina de la Trinidad. Y así se ha hecho posible a este hombre nuevo, a este nuevo injerto de los hijos de Dios, liberar a la creación entera del desorden, restaurando todas las cosas en Cristo, que los ha reconciliado con Dios»[14]

Esta es la historia real: por designio divino, nuestro ser hijos de Dios, o es efectivo y actual por la gracia, o es rechazo -abandono de la casa del Padre- por el pecado[15]. Un abandono de la intimidad familiar divina que supone una trágica desnaturalización -¡hijos desnaturalizados!-, porque

la naturaleza del hijo de Dios es la naturaleza humana sanada y elevada por la gracia, que nos hace divinae consortes naturae[16].

Desde esa desnaturalización, en la que todos nacemos por el pecado original, sólo podemos ser regenerados, volver a ser aptos para participar en la intimidad divina de la Trinidad, si somos injertados en Cristo, que «nos ha elevado a su nivel, al nivel de los hijos de Dios, bajando a nuestro terreno: al terreno de los hijos de los hombres»[17]

2. Hijos de Dios, partícipes de la Vida divina de la Santísima Trinidad.

El modo en que Dios nos constituye miembros de su familia[18], es pues uno concreto: la filiación. Esta familiaridad divina no es, en nosotros, una simple cuestión moral, un simple comportamiento, sino que se fundamenta en una real transformación -elevación, adopción-, pues «la fe nos dice que el hombre, en estado de gracia, está endiosado»[19], es decir metido verdaderamente en Dios, introducido a participar de la vida divina; de esa Vida que son las Procesiones eternas de la Santísima Trinidad: ésta es la esencia y la radical novedad de la nueva creación, del orden sobrenatural.

Al conocer -y, de algún modo, experimentar- esta realidad divina de nuestro endiosamiento, destaca siempre con fuerza su carácter de don gratuito, que se edifica sobre nuestra debilidad. Ser familiares de Dios no es una conquista nuestra, no es un humano progreso, de tal modo que «la conciencia de la magnitud de la dignidad humana -de modo eminente, inefable, al ser constituidos por la gracia en hijos de Dios- junto con la humildad, forma en el cristiano una sola cosa, ya que no son nuestras fuerzas las que nos salvan y nos dan la vida, sino el favor divino. Es ésta una verdad que no puede olvidarse nunca, porque entonces el endiosamiento se pervertiría y se convertiría en presunción, en soberbia y, más pronto o más tarde, en derrumbamiento espiritual ante la experiencia de la propia flaqueza y miseria»[20]

Por tanto, «aun en los momentos en los que percibamos más profundamente nuestra limitación, podemos y debemos mirar a Dios Padre, a Dios Hijo, a Dios Espíritu Santo, sabiéndonos partícipes de la vida divina»[21]

Este participar, este tomar parte, posee el dinamismo eterno de las divinas Procesiones intratrinitarias, al realizarse el prodigio sobrenatural

de «la acción de un mismo espíritu, que haciéndonos hermanos de Cristo nos conduce hacia Dios Padre»[22]; es la maravilla inefable de nuestra filiación divina, que se nos manifiesta como nuestro modo de «participar en esa corriente de amor, que es el misterio del Dios Uno y Trino»[23]. Esta es la sustancia del orden sobrenatural: el misterio Trinitario proyectado en nosotros o, mejor aún, nosotros adoptados, introducidos, a vivir en El, a través de la Filiación divina, a través del Hijo. «Hemos sido constituidos hijos de Dios. Con esta libre decisión divina -escribía Mons. Escrivá de Balaguer en 1967-, la dignidad natural del hombre se ha elevado incomparablemente: y si el pecado destruyó ese prodigio, la Redención lo reconstruyó de modo aún más admirable, llevándonos a participar todavía más estrechamente de la filiación divina del Verbo»[24]

No sólo nos llamamos hijos de Dios, sino que lo somos; no sólo Dios, en un derroche de bondad, quiere que le tratemos como a un padre, sino que en un derroche incomparablemente mayor de su amor, nos adopta como hijos suyos en sentido estricto, aunque limitado, parcial; por participación de la Unica Filiación divina en sentido estricto: la que constituye la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, el Hijo Unigénito del Padre: «Ved qué amor hacia nosotros ha tenido el Padre, queriendo que nos llamemos hijos de Dios y lo seamos en efecto. Hijos de Dios, hermanos del Verbo hecho carne, de Aquel de quien fue dicho: en él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. Hijos de la luz, hermanos de la luz: eso somos»[25]

Hermanos del Verbo hecho carne, de Cristo Señor Nuestro, no sólo porque El haya querido participar de nuestra humanidad, sino -sobre todo- porque, por don inefable de Dios, hemos sido hechos partícipes de su Filiación, de El mismo.

Aquí la razón no llega, no puede llegar, porque en fe caminamos y no en visión[26]. La teología necesita -especialmente en estas alturas del misterio- ser vida teologal, contemplación, y en su discurso racional iluminado por esa fe y esa contemplación, el camino de la analogía con el orden natural puede también ayudarnos.

Participar de la Filiación de quien es Unigénito -Hijo Unico del Padre- nos habla de poseer parcialmente, limitadamente, lo que en El subsiste en totalidad e infinitud, de modo que esa participación no multiplica ni menoscaba esa Unidad-Totalidad. Nos situamos así ante una donación de Dios a nosotros análoga -semejante y desemejante- a la donación del ser en que consiste la creación. Dios Es; El es el Ser, en Totalidad intensiva y Unicidad. Nosotros somos por participación: tenemos

ser, pero no multiplica ni menoscaba la Unidad-Totalidad de la Plenitud de Ser divina. Esta realidad de la creación comporta -lo conocemos por la razón y nos lo confirma la fe- una íntima presencia divina en todas las cosas, un ser en Dios: *in ipso enim vivimus, et movemur et sumus*[27]. Análogamente, ser hijos de Dios en sentido estricto, pero parcial -es decir, participar de la Filiación del Verbo-, nos descubre que somos hijos de Dios en el Hijo, porque sin dejar de ser Unigénito es Primogénito entre muchos hermanos, pues Dios *quos praescivit, et praedestinavit conformes fieri imaginis Filii sui, ut sit ipse primogenitus in multis fratribus*[28].

Al intentar avanzar en esta contemplación teológica, no podemos nunca olvidar que «tratando a cualquiera de las tres Personas tratamos a un solo Dios; y tratando a las tres, a la Trinidad tratamos igualmente a un solo Dios único y verdadero»[29] Este misterio de nuestro ser hijos de Dios, se ilumina todavía más al considerar la realidad cristiana fundamental: el cristiano es, debe ser cada vez más, no sólo imitador de Cristo, sino, de modo misterioso pero real, el mismo Cristo: *ipse Christus*.

3. Hijos de Dios en Cristo: ser «*ipse Christus*»

«Yo he sido por El constituido Rey sobre Sion, su monte santo, para predicar su Ley. A mí me ha dicho el Señor: Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy. La misericordia de Dios Padre nos ha dado como Rey a su Hijo. Cuando amenaza, se entenece; anuncia su ira y nos entrega su amor. Tú eres mi hijo: se dirige a Cristo y se dirige a ti y a mi, si nos decidimos a ser *alter Christus, ipse Christus*»[30]

La filiación divina es única: el Verbo, el Unigénito del Padre; y participando en Ella somos nosotros constituidos hijos de Dios. Misterio ciertamente insondable, meta insaqueable y aun incomprendible para nuestra capacidad humana. Pero Dios, en su providencia amorosa, nos ha dado a Cristo -el Verbo encarnado- como «el Camino, el Mediador; en El todo; fuera de El, nada»[31] Toda la intimidad divina se nos abre en El, y sin El ninguna participación en la Filiación nos es dada, porque El, Cristo -Dios y Hombre-, es esa Filiación en cuanto Dios y la posee plenamente -por la unión in Persona- en cuanto Hombre.

Cristo es el Unigénito del Padre, y nosotros somos hijos de Dios en la medida en que somos el mismo Cristo, *ipse Christus*. Nunca podremos alcanzar una completa comprensión de esta realidad. Sin embargo, saber que «el cristiano está obligado a ser *alter Christus, ipse*

Christus, otro Cristo, el mismo Cristo»[32], como ha enseñado constantemente Mons. Escrivá de Balaguer, orienta decisivamente nuestra vida, que es la única capaz de hacernos más y más el mismo Cristo, y en El, más y más hijos de Dios.

«Seguir a Cristo: éste es el secreto. Acompañarle tan de cerca, que vivamos con El, como aquellos primeros doce; tan de cerca, que con El nos identifiquemos. No tardaremos en afirmar, cuando no hayamos puesto obstáculos a la gracia, que nos hemos revestido de Nuestro Señor Jesucristo»[33]

El camino de nuestra entrada en la intimidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, es seguir a Cristo, pero de tal modo que no sólo le imitemos, sino que lleguemos a identificarnos con El. Sólo así Nuestro Señor es Primogénito entre muchos hermanos sin dejar de ser el Unigénito del Padre cada uno por su cuenta -por decirlo de algún modo-, sino que somos hijos del Padre porque somos Cristo, sin dejar de ser nosotros mismos.

Por la gracia y la filiación divina, «la vida de Cristo es vida nuestra, según lo que prometiera a los Apóstoles el día de la Última Cena: Cualquiera que me ama, observará mis mandamientos, y vendremos a él, y haremos mansión dentro de él. El cristiano debe -por tanto- vivir según la vida de Cristo, haciendo suyos los sentimientos de Cristo, de manera que pueda exclamar con San Pablo, non vivo ego, vivit vero in me Christus (Gal. II, 20), no soy yo el que vive, sino que Cristo vive en mí»[34]

Ser ipse Christus, teniendo los mismos sentimientos de Cristo. Esto nos habla de nuestro esfuerzo por imitar a Jesús, pero no como la consecución de un simple parecido exterior, sino como la consecuencia de que sea El el que vive en nosotros, en su unidad-distinción con el Padre, como Hijo Unigénito. Y en esa espiritual unión de nosotros con El, por la que participamos de su Filiación, somos en El hijos del Padre.

Toda esta realidad es primaria y esencialmente don gratuito de Dios, pero que requiere nuestra cooperación, nuestra correspondencia: nuestro amor, nuestro cumplimiento de su Voluntad, de sus mandamientos.

La acción divina salvadora pasa por la Humanidad Santísima de Jesús, se proyecta en nosotros desde la Cruz de Cristo. Podemos quizá entender mejor ahora a Mons. Escrivá de Balaguer, cuando nos comunicaba aquella luz de Dios: «tener la Cruz es identificarse con Cristo, es ser Cristo, y, por eso, ser hijo de Dios». Seguir al Señor para identificarnos con El, es en primer lugar acudir a la Cruz, que se hace presente en misterio, pero en

eficacia, por los sacramentos, de modo particular en el Bautismo, en la Eucaristía y en la Penitencia. Precisamente, «en el Bautismo, Nuestro Padre Dios ha tomado posesión de nuestras vidas, nos ha incorporado a la de Cristo y nos ha enviado el Espíritu Santo»[35]. Y, sobre todo, la Eucaristía, que es la renovación del mismo Sacrificio de la Cruz, «introduce en los hijos de Dios la novedad divina, y debemos responder in novitate sensus (Rom XII, 2), con una renovación de todo nuestro sentir y de todo nuestro obrar. Se nos ha dado un principio nuevo de energía, una raíz poderosa, injertada en el Señor»[36]

Ser cristiano es ser ipse Christus, hijo de Dios, y esta identificación nos viene de la fuerza salvadora de la Cruz: se entiende entonces que la Santa Misa -renovación sacramental de la Cruz- sea «el centro y la raíz de la vida espiritual del cristiano»[37] Todo nuestro crecimiento en la identificación con Cristo -en nuestro ser de hijos de Dios- supone el encuentro con la Humanidad de Cristo en la Cruz, y a este encuentro se dirige otra realidad -por designio divino, esencial- de la vida del cristiano: el ejemplo de la mediación de la Madre de Cristo, Madre de Dios y Madre Nuestra. «María, a quienes se acercan a Ella y contemplan su vida -nos confía Mons. Escrivá de Balaguer-, les hace siempre el inmenso favor de llevarlos a la Cruz, de ponerlos frente a frente al ejemplo del Hijo de Dios. Y en ese enfrentamiento, donde se decide la vida cristiana, María intercede para que nuestra conducta culmine con una reconciliación del hermano menor -tú y yo- con el Hijo primogénito del Padre»[38] Reconciliación que lleva a la identificación.

«En este esfuerzo por identificarse con Cristo, he distinguido como cuatro escalones: buscarle, encontrarle, tratarle, amarle. Quizá comprendéis que estáis como en la primera etapa. Buscadlo con hambre, buscadlo en vosotros mismos con todas vuestras fuerzas. Si obráis con este empeño, me atrevo a garantizar que ya lo habéis encontrado, y que habéis comenzado a tratarlo y a amarlo, y a tener vuestra conversación en los cielos»[39]

Es, pues, el amor a Cristo -que presupone la fe: omnes enim filii Dei estis per fidem, quae est in Christo Iesu[40]-lo que va formando en nosotros a Jesús mismo, lo que nos conforma con Cristo. Pero es un amor -caridad sobrenatural- que Dios mismo pone en nosotros; es nuestra participación en el Amor, en el Espíritu Santo, quia caritas Dei diffusa est in cordibus nostris per Spiritum Sanctum, qui datus est in nobis[41].

Podemos concluir estas consideraciones, afirmando que somos hijos de Dios en Cristo, en el Hijo, y por tanto hijos del Padre. Sin embargo,

el misterio sobrenatural presenta presenta ulteriores riquezas y facetas, que - y es bien lógico- nos conducen a contemplar la función del Espíritu Santo en nuestra adopción sobrenatural; lógico, porque la filiación es nuestro modo de entrar a participar de la infinita plenitud de la vida trinitaria; participación que alcanzamos por la misión del Espíritu Santo -el Amor, el primer Don-, que el Padre y el Hijo nos envían.

4. Hijos de Dios por el Espíritu Santo

El primer fruto, el Don por excelencia, que nos proviene de la Cruz, Resurrección y Ascensión de Jesucristo es el Espíritu Santo. Por eso, «cuando participamos de la Eucaristía, escribe San Cirilo de Jerusalén, experimentamos la espiritualización deificadora del Espíritu Santo, que no sólo nos configura con Cristo, como sucede en el Bautismo, sino que nos cristifica por entero, asociándonos a la plenitud de Cristo Jesús (Catecheses, 22,3).

»La efusión del Espíritu Santo, al cristificarnos, nos lleva a que nos reconozcamos hijos de Dios. El Paráclito, que es caridad, nos enseña a fundir con esa virtud toda nuestra vida; y consummati in unum (Ioh XVII, 23), hechos una sola cosa con Cristo, podemos ser entre los hombres lo que San Agustín afirma de la Eucaristía: signo de unidad, vínculo del amor (In Ioannis Evangelium tractatus, 26, 13: PL 35, 1613)»[42]

Hechos una sola con Cristo por la caridad -cristificados-es ser hijos del Padre. Pero esa caridad es consecuencia de la efusión del Espíritu Santo. «Al actuar el Paráclito en nosotros, confirma lo que Cristo nos anunciaba: que somos hijos de Dios; que no hemos recibido el espíritu de servidumbre para obrar todavía por temor, sino el espíritu de adopción de hijos en virtud del cual clamamos: Abba, ¡Padre!»[43]

El Espíritu Santo nos hace hijos de Dios -del Padre en el Hijo- al cristificarnos, al hacernos ipse Christus. Y, además, el Paráclito nos enseña esta realidad, haciendo que reconozcamos a Jesús como Hijo de Dios y que, al estar identificados con El, también nos reconozcamos a nosotros mismos, no como extraños, sino como hijos. El mismo Espíritu Paráclito nos reafirma, nos consolida en esa gozosa certeza, por medio del don de piedad[44].

Pero si hemos de afirmar que «el Espíritu Santo es el Espíritu enviado por Cristo, para obrar en nosotros la santificación que El nos

mereció en la tierra»[45], a la vez sabemos que toda acción divina en nosotros -por ser ad extra- es común a las tres Personas divinas, a ese «Dios Uno y Trino: tres Personas divinas en la unidad de su substancia, de su amor, de su acción eficazmente santificadora»[46]

En consecuencia, si contemplamos el misterio desde el punto de vista de la causalidad eficiente, hemos de asegurar sin ninguna duda que es todo Dios -Padre, Hijo y Espíritu Santo- quien nos constituye en hijos suyos. Podremos atribuir o apropiarnos a alguna de las Personas divinas esa eficiencia, como -por ejemplo- se atribuye al Padre la acción eficiente creadora. Concretamente, «la santificación que imploramos, es atribuida al Paráclito, que el Padre y el Hijo nos envían»[47]

Pero, con estas breves palabras, Mons. Escrivá de Balaguer nos conduce a ver que esta apropiación o atribución de la eficiencia es precisamente el recurso que tenemos ---por nuestra limitación, y que la misma Sagrada Escritura utiliza-, para expresar una realidad misteriosa: la de las misiones de las Personas divinas; atribuimos la santificación al Paráclito, que el Padre y el Hijo nos envían...

Además de las misiones visibles del Hijo -Encarnación- y del Espíritu Santo -Pentecostés-, la gracia lleva consigo las misiones invisibles del Hijo y del Espíritu Santo a las almas. Estas misiones invisibles son la participación real -no simples apropiaciones o atribuciones- de la criatura espiritual en las Procesiones eternas del Hijo y del Espíritu Santo-[48][IA1].

A la luz de esta verdad de nuestro endiosamiento-nuestra participación en el Hijo y en el Espíritu Santo- por las misiones invisibles, llegamos a contemplar el hondo realismo sobrenatural de nuestro ser ipse Christus -por tanto, hijos del Padre- por el Espíritu Santo.

Podemos, pues, afirmar que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, en la unidad de su acción ad extra, nos santifican, nos adoptan como hijos de Dios. Pero el término -por tanto, en nosotros- de esa única acción divina eficiente es precisamente nuestro endiosamiento, nuestra verdadera introducción en la Vida divina, nuestra unión con el Espíritu Santo y con el Hijo -enviados a nuestra alma, por tanto en cuanto Personas realmente distintas- en lo que son. El Espíritu Santo, Amor, nexo común del Padre y el Hijo, por la caridad -nuestra participación en El- nos identifica con el Hijo, nos hace ipse Christus, y en Cristo, en el Verbo, nos constituye hijos del Padre. Porque, «hemos sido hecho hijos (...) de ese Padre que no dudó en entregarnos a su Hijo muy amado»[49]

Qué luminosa certeza sobrenatural, saber que, «por Cristo y en el Espíritu Santo, el cristiano tiene acceso a la intimidad de Dios Padre, y recorre su camino buscando ese reino, que no es de este mundo, pero que en este mundo se incoa y prepara»[50]

Hijos, pues del Padre, por el Hijo y en el Espíritu Santo. O bien: hijos del Padre, en el Hijo -siendo ipse Christus- por el Espíritu Santo. Con las dos expresiones se indica lo mismo: las palabras humanas resultan irremediabilmente pobres.

Pero a la vez, por la unidad de la acción divina que nos adopta como hijos de Dios, que nos hace domestici Dei[51], podemos y debemos considerarnos -bajo este otro aspecto- hijos de la Trinidad: del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Así, por ejemplo, Mons. Escrivá de Balaguer nos anima a tratar a Jesucristo, nuestro Hermano, como hijos suyos[52].

Porque en su Humanidad es el Mediador, desde su Corazón de Hombre -perfectus Deus, perfectus Homo- nos alcanza a nosotros la efusión del Amor Subsistente -del Espíritu Santo- que nos hace alter Christus, ipse Christus.

No debemos pretender eliminar racionalmente -sería falsamente, en este caso- ninguno de los aspectos aparentemente paradójicos con que, por nuestra limitación, se nos manifiesta el misterio de lo sobrenatural, contemplado en su realidad más honda y luminosa: nuestra filiación divina.

«No es posible hablar de estas realidades centrales de nuestra fe, sin advertir la limitación de nuestra inteligencia y las grandezas de la Revelación. Pero, aunque no podamos abarcar esas verdades -nos dice también el Padre-, aunque nuestra razón se pasmee ante ellas, humilde y firmemente las creemos: sabemos, apoyados en el testimonio de Cristo, que son así. Que el Amor, en el seno de la Trinidad, se derrama sobre todos los hombres por el Amor del Corazón de Jesús»[53]

5. Hijos de Dios, hijos de Santa María (y de San José)

«Una gran señal apareció en el cielo: una mujer con corona de doce estrellas sobre su cabeza.- Vestido de sol. -La luna a sus pies (Apoc. XII, 1). María, Virgen sin mancha, reparó la caída de Eva: y ha pisado, con su planta inmaculada, la cabeza del dragón infernal. Hija de Dios, Madre de Dios, Esposa de Dios»[54]

Bastaría considerar la función de Santa María en nuestra Redención, y su inigualable endiosamiento, para procurar aprender de Ella a corresponder a la acción divina que nos constituye también a nosotros en domesticci Dei, en familiares del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Pero aún Mons. Escrivá de Balaguer nos enseña más: «Nuestra Señora, Santa María, hará que seas alter Christus, ipse Christus, otro Cristo, ¡el mismo Cristo!»[55] La Virgen Santísima nos consigue ser hijos de Dios, porque es siendo ipse Christus como lo somos. Santa María es, pues verdaderamente Nuestra Madre precisamente en cuanto que somos hijos de Dios, hermanos de Cristo: nuestra filiación divina es a la vez filiación a Nuestra Señora. Y esto es así porque Dios lo ha querido: «Cristo, su Hijo santísimo, nuestro hermano, nos la dio por Madre en el Calvario, cuando dijo a San Juan: he aquí a tu Madre (Ioh XIX, 27)»[56], de modo que «así como María tuvo un papel de primer plano en la encarnación del Verbo, de una manera análoga estuvo presente también en los orígenes de la Iglesia, que es el Cuerpo de Cristo»[57]

Dios es la única causa de nuestra gracia y de nuestra adopción sobrenatural, pero ha querido disponer que ninguna gracia nos venga si no es a través de María. De Ella recibimos -como Medianera, en íntima unión con su Hijo, único Mediador- el ser hijos de Dios; verdaderamente de Ella nacemos místicamente como hijos de Dios. Ser hijo de Dios es ser ipse Christus; ser ipse Christus es ser hijo de María.

Pero «no basta saber que Ella es Madre, considerarla de este modo, hablar así de Ella. Es tu Madre y tú eres su Hijo; te quiere como si fueras el hijo único suyo en este mundo. Trátala en consecuencia: cuéntale todo lo que te pasa, hónrala, quíerela. Nadie lo hará por ti, tan bien como tú, si tú no lo haces.

»Te aseguro que, si emprendes este camino, encontrarás enseguida todo el amor de Cristo: y te verás metido en esa vida inefable de Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo»[58]

Y, junto a María, está -también por querer de Dios- San José, pues «la vida interior no es otra cosa que el trato asiduo e íntimo con Cristo, para identificarnos con El. Y José sabrá decirnos muchas cosas sobre Jesús. Por eso, nos aconseja el Padre, no dejéis nunca su devoción, ite ad Ioseph, como ha dicho la tradición cristiana con una frase tomada del Antiguo Testamento (Gen XLI, 55)»[59]

Por su peculiar intercesión, San José -que hizo las veces de Padre de Jesús- hace también de Padre para los que quieren identificarse con

Cristo, para los hijos de Dios. Por tanto, «San José es realmente Padre y Señor, que protege y acompaña en su camino terreno a quienes le veneran, como protegió y acompañó a Jesús mientras crecía y se hacía hombre. Tratándole se descubre que el Santo Patriarca es, además, Maestro de vida interior: porque nos enseña a conocer a Jesús, a convivir con El, a sabernos parte de la familia de Dios»[60]

El trato filial con María y José nos conduce a Jesús, a vivir su vida, a identificarnos con El. Y en Jesús -Hijo Unigénito del Padre- tenemos acceso a la intimidad divina de la Santísima Trinidad. Es el camino que Mons. Escrivá de Balaguer denominaba de la "trinidad de la tierra, a la Trinidad del Cielo. «Así irán transcurriendo nuestros años -días de trabajo y de oración-, en la presencia del Padre. Si flaqueamos, acudiremos al amor de Santa María, Maestra de oración; y a San José, Padre y Señor Nuestro, a quien veneramos tanto, que es quien más íntimamente ha tratado en este mundo a la Madre de Dios y -después de Santa María- a su Hijo Divino. Y ellos presentarán nuestra debilidad a Jesús, para que El la convierta en fortaleza»[61]

6. Hijos de Dios, hijos de la Iglesia (y del Romano Pontífice)

«San Cipriano había declarado brevemente: no puede tener a Dios como Padre, quien no tiene a la Iglesia como Madre»[62]

A la Iglesia, en efecto, confesamos como Santa Madre Iglesia. «Tú eres Santa, Iglesia, Madre mía -exclamaba Mons. Escrivá de Balaguer-, porque te fundó el Hijo de Dios, Santo; eres Santa, porque así lo dispuso el Padre, fuente de toda santidad; eres Santa, porque te asiste el Espíritu Santo, que mora en el alma de los fieles, para ir reuniendo a los hijos del Padre, que habitarán en la Iglesia del Cielo, la Jerusalén eterna»[63]

Y de esa santidad se deriva la maternidad de la Iglesia respecto a todos los cristianos. De Ella y en Ella nacemos a la vida de la gracia, por el Bautismo, y nuestra vida sobrenatural crece siempre in Ecclesia. Por eso, nuestro nacer como hijos de Dios es ex Deo, pero también ex Ecclesia. Así, somos hijos de Dios en cuanto que somos hijos de la Iglesia, y viceversa: una cosa supone y lleva consigo la otra. La maternidad de la Iglesia es, en cierto modo, una expresión o manifestación de la paternidad divina respecto a sus hijos adoptivos.

Esta filiación nuestra hacia la Iglesia tiene -también por designio divino- una continuación o manifestación en la necesaria filiación de los cristianos con el Romano Pontífice. «San Ambrosio escribió unas palabras breves, que componen como un canto de gozo: donde está Pedro, allí está la Iglesia; y donde está la Iglesia no reina la muerte, sino la vida eterna. Porque donde están Pedro y la Iglesia está Cristo: y El es la salvación, el único camino»[64]

Podemos y debemos decir, pues, que el Romano Pontífice es verdaderamente padre y maestro de todos los cristianos[65].

7. Hijos de Dios, hermanos de todos los hombres

«Consumada la Redención, ya no hay judío o griego, no hay siervo o libre, no hay varón o hembra -no existe discriminación de ningún tipo-, porque todos sois uno en Cristo Jesús»[66]

La común filiación de muchos a un mismo Padre establece necesariamente una correspondiente fraternidad. Si somos hijos de Dios, somos hermanos entre nosotros; y el realismo de esa filiación comporta un paralelo realismo para esa fraternidad, que entonces «ni se reduce a un tópico, ni resulta un ideal ilusorio»[67]

Nuestro ser hijos de Dios en Cristo confiere a la fraternidad cristiana unas características sobrenaturales precisas. Esa fraternidad es unidad: todos somos uno en Cristo. A la luz del misterio de ser ipse Christus, de la realidad de la Comunión de los Santos, del Cuerpo Místico, la fraternidad entre los cristianos se manifiesta, no como una horizontalidad, sino como una verticalidad en Cristo. Nuestro real ser hermanos de todos los cristianos es, por tanto, algo mucho más estrecho, una ligazón mucho más fuerte que la simple hermandad derivada de la posesión de una misma naturaleza específica; supera incomparablemente a esa genérica fraternidad humana universal. De alguna manera -místicamente, pero real: con contenido metafísico-, los cristianos más que ser muchos hermanos, somos uno: ipse Christus.

Y así como el amor, la caridad que el Espíritu Santo difunde en nuestras almas, es lo que nos constituye en ipse Christus, «la característica que distinguirá a los apóstoles, a los cristianos auténticos de todos los tiempos, la hemos oído: en esto -precisamente en esto- conocerán todos que sois mis discípulos, en que os tenéis amor unos a otros»[68]

Las manifestaciones que esta fraternidad -unidad en Cristo y amor- debe tener en la vida ordinaria, son innumerables. Pero la raíz de la que nacen no es otra que la filiación divina. «Piensa en los demás -antes que nada, en los que están a tu lado- como en lo que son: hijos de Dios, con toda la dignidad de ese título maravilloso.

»Hemos de portarnos como hijos de Dios con los hijos de Dios: el nuestro ha de ser un amor sacrificado, diario, hecho de mil detalles de comprensión, de sacrificio silencioso, de entrega que no se nota. Este es el bonus odor Christi, el que hacía decir a los que vivían entre nuestros primeros hermanos en la fe: ¡Mirad cómo se aman!»[69]

Portarnos como hijos de Dios con los hijos de Dios: impresionante resumen, que nos da Mons. Escrivá de Balaguer, de las exigencias de la caridad fraterna, radicada en la filiación divina. Este fundamento sobrenatural confiere a las manifestaciones de la fraternidad entre los cristianos unas exigencias también de respeto -que no es frialdad, ni oficiosidad-, que le han de dar un tono de delicadeza humana: amor y respeto a los demás, que sea amor y respeto a la imagen de Cristo, a Cristo mismo, en ellos. Entendemos así el profundo contenido sobrenatural de aquel consejo del Padre: «Tú, hijo predilecto de Dios, siente y vive la fraternidad, pero sin familiaridades»[70]

Pero además, no sólo a los hombres que de modo actual están en gracia de Dios, sino a todos los hombres se extiende la fraternidad, porque todos en cierto modo son hijos de Dios -criaturas suyas- y, también todos, están llamados a la intimidad de la casa del Padre. De ahí que «hombres todos, y todos hijos de Dios, no podemos concebir nuestra vida como la afanosa preparación de un brillante curriculum, de una lucida carrera. Todos hemos de sentirnos solidarios»[71] Y, en sentido inverso, «el hambre de justicia debe conducirnos a la fuente originaria de la concordia entre los hombres: el ser y saberse hijos del Padre, hermanos»[72]

Por encima de cualquier distinción, los cristianos debemos tener siempre presente que «Nuestro Señor ha venido a traer la paz, la buena nueva, la vida, a todos los hombres. No sólo a los ricos, ni sólo a los pobres. No sólo a los sabios, ni sólo a los ingenuos. A todos. A los hermanos, que hermanos somos, pues somos hijos de un mismo Padre Dios. No hay, pues, más que una raza: la raza de los hijos de Dios. No hay más que un color: el color de los hijos de Dios. Y no hay más que una lengua: ésa que habla al corazón y a la cabeza, sin ruido de palabras, pero dándonos a conocer a Dios y haciendo que nos amemos los unos a los otros»[73]

8. Un «enemigo imponente»

Hijos de Dios; hijos de Santa María y de San José; hijos de la Iglesia y del Romano Pontífice; hermanos de todos los cristianos; hermanos de todos los hombres... La vida cristiana ha de desarrollarse en un clima preciso: el de la filiación y la fraternidad. La fe debe llevarnos a sentirnos siempre en familia, a pesar de que desgraciadamente el ambiente humano esté tantas veces lejos de ser informado por la caridad de Cristo.

La paternidad de Dios -de quien procede toda paternidad en los cielos y en la tierra[74]-se difunde y manifiesta en la Maternidad de Santa María, de la Iglesia, en la paternidad del Papa, y en la de todos aquellos que, de un modo u otro, pueden decir con San Pablo: *in Christo Iesu per Evangelium vos genui*[75]. No sin emoción viene al pensamiento, en este instante con más fuerza, la fecundísima paternidad espiritual de Mons. Escrivá de Balaguer, a quien bien se pueden aplicar aquellas palabras dedicadas a los Patriarcas: *genuit filios et filias*[76].

Todos los niveles de la existencia cristiana, individual y social, de una manera o de otra, crecen y se desarrollan en familia. Por eso, en el fondo «en tu empresa de apostolado no temas a los enemigos de fuera, por grande que sea su poder. -Este es el enemigo imponente: tu falta de “filiación” y tu falta de “fraternidad”»[77]

Es indudable que las dificultades para que en el mundo impere la concordia, más aún la caridad auténtica, son grandes: «paz, verdad, unidad, justicia. ¡Qué difícil parece a veces la tarea de superar las barreras, que impiden la convivencia humana! Y, sin embargo, los cristianos estamos llamados a realizar ese gran milagro de la fraternidad: conseguir, con la gracia de Dios, que los hombres se traten cristianamente, llevando los unos las cargas de los otros, viviendo el mandamiento del amor, que es vínculo de la perfección y resumen de la ley»[78]

II

Obrar como hijos de Dios

1. En todo, hijos de Dios

La filiación divina no es un aspecto más entre otros de nuestro ser cristianos. De algún modo abarca todos los demás. Es una determinada formalidad o modo de ser: una relación concreta que, entitativamente, se distingue de las demás formalidades sobrenaturales: gracia santificante, virtudes, dones del Espíritu Santo. Pero si atendemos al designio divino, podemos afirmar que todas estas otras formas no son dadas para constituirnos en hijos de Dios: la elevación sobrenatural es, tomada en su totalidad, una adopción.

Por tanto, si ser hijos de Dios es como el resultado de la condición de la nueva criatura, la síntesis del obrar cristiano puede enunciarse como el obrar de los hijos de Dios. Y esto, hasta el punto que la Voluntad divina se resume, para cada uno, así: «Lo que os pide el Señor es que, en todo momento, obréis como hijos y servidores suyos»[79]

La filiación divina no es una virtud particular, que tenga sus propios actos, sino la condición permanente del sujeto de las virtudes. Por eso no se obra como hijo de Dios con unas acciones determinadas: toda nuestra actividad, el ejercicio de todas las virtudes, puede y debe ser ejercicio de la filiación divina. Por eso, «no podemos ser hijos de Dios sólo a ratos, aunque haya algunos momentos especialmente dedicados a considerarlo, a penetrarnos de ese sentido de nuestra filiación divina, que es la médula de la piedad»[80]

La piedad es la virtud propia de los hijos que, sobrenaturalmente, es perfeccionada por el correspondiente don del Espíritu Santo que nos facilita reconocernos como hijos de Dios y obrar en consecuencia en todo momento. Por eso, «la piedad que nace de la filiación divina es una actitud profunda del alma, que acaba por informar la existencia entera: está presente en todos los pensamientos, en todos los deseos, en todos los afectos»[81] Y no sólo como una simple referencia intencional a Dios, sino como certeza de nuestro endiosamiento actual, de nuestro vivir en Cristo por el Espíritu Santo, y así de nuestra presencia -unión- al Padre[82].

En consecuencia, «todo el panorama de nuestra vocación cristiana, esa unidad de vida que tiene como nervio la presencia de Dios, Padre nuestro, puede y debe ser una realidad diaria»[83]

Resulta patente que nuestro obrar como hijos de Dios es nuestro obrar en toda su amplitud. Al informar la entera existencia cristiana, la filiación divina caracteriza -como decíamos ya al principio de estas páginas- radicalmente todos los aspectos y el ejercicio de todas las virtudes de

nuestro caminar cristiano en este mundo, y también caracterizará -con la gracia de Dios- nuestro ser ciudadanos del Cielo. Repitémoslo: nuestra fe, es la fe de los hijos de Dios; nuestra fortaleza, es la fortaleza de los hijos de Dios...

Es, por tanto, imposible en los límites de estas páginas, tratar de ver la influencia radical y concreta de la filiación divina en todos esos aspectos y virtudes de la vida cristiana. A continuación se tratará sólo de algunas de las dimensiones que -igual que la filiación divina- abarcan todo el existir cristiano, y que precisamente son consecuencias directas de nuestro ser y sabernos hijos de Dios y hermanos de todos los hombres.

2. La libertad de los hijos de Dios

El obrar humano está esencialmente caracterizado por la libertad, que presupone el ejercicio del conocimiento. En los actos humanos -actos libres-, la voluntad del hombre se determina a sí misma -presupuesta naturalmente la causalidad divina sobrenatural sustentadora del ser-, de modo que la persona obra, por encima de cualquier condicionamiento, porque le da la gana.

Este gran don natural de Dios a las criaturas espirituales, nos hace responsables de nuestros propios actos, nos permite elegir y amar el bien. Pero esta libertad nuestra no es, ni podría serlo en ningún caso, una libertad absoluta. Mientras el libre querer de Dios produce el bien, es creador, el nuestro debe orientarse hacia el bien, que es independiente de ese querer nuestro. De ahí la posibilidad del pecado, del torcido ejercicio de la libertad. No es posible una libertad creada absoluta: una criatura libre, mientras por su definitiva unión con Dios no estuviese confirmada en gracia, podría siempre emplear mal su libertad. Sin embargo, la infinita bondad de Dios, como quería destinar a algunas de sus criaturas a participar de su intimidad, a ser hijos suyos, quiso correr el riesgo de nuestra libertad[84]

Saber que «Dios no quiere esclavos, sino hijos, y respeta nuestra libertad»[85], nos debe llevar a preguntarnos, a preguntarle a El: «¿qué esperas de mí, Señor, para que yo voluntariamente lo cumpla?

»Nos responde el mismo Cristo: veritas liberabit vos; la verdad os hará libres. Qué verdad es ésta, que inicia y consuma en toda nuestra vida el camino de la libertad. Os la resumiré, con la alegría y con la certeza que

proviene de la relación entre Dios y sus criaturas: saber que hemos salido de las manos de Dios, que somos objeto de la predilección de la Trinidad Beatísima, que somos hijos de tan gran Padre. Yo pido a mi Señor -nos confía Mons. Escrivá de Balaguer- que nos decidamos a darnos cuenta de eso, a saborearlo día a día: así obraremos como personas libres. No lo olvidéis: el que no se sabe hijo de Dios, desconoce su verdad más íntima, y carece en su actuación del dominio y señorío propios de los que aman al Señor por encima de todas las cosas»[86]

Esta es la verdad que nos hace libres: ¡somos hijos de Dios! Pero, ¿qué libertad es ésta? Es la libertad propia de la naturaleza humana, pero sanada y elevada por la gracia, las virtudes sobrenaturales y los dones del Espíritu Santo. Es la libertad expedita, potenciada sobrenaturalmente para el bien, exenta de las cadenas que el pecado pone a la voluntad dificultando el bien natural e imposibilitando el bien sobrenatural. La libertad de los hijos de Dios -la libertad cristiana- es, pues, fruto del Amor de Dios -por el que somos sus hijos- y nos conduce a ese Amor. «La libertad, nos enseña el Padre, adquiere su auténtico sentido cuando se ejercita en servicio de la verdad que rescata, cuando se gasta en buscar el Amor infinito de Dios, que nos desata de todas las servidumbres. ¡Cada día aumentan mis ansias de anunciar a grandes voces esta insondable riqueza del cristianismo: la libertad de la gloria de los hijos de Dios»[87]

La verdad nos libera porque facilita elegir y amar el bien, en lo que consiste la libertad. Por eso, «esclavitud o filiación divina: he aquí el dilema de nuestra vida. O hijos de Dios o esclavos de la soberbia, de la sensualidad, de ese egoísmo angustioso en el que tantas almas parecen debatirse»[88] No hay una pura y simple libertad humana, por lo mismo que no hay una naturaleza pura; o hay libertad de los hijos de Dios, o hay esclavitud interior a la propia miseria.

Sin embargo, buscar en todo el cumplimiento de la Voluntad de Dios, elegir en toda circunstancia el bien, es una atadura: la condición del cristiano es también la del siervo de Dios. Pero «esclavitud por esclavitud -si, de todos modos, hemos de servir, pues, admitiéndolo o no, ésa es la condición humana-, nada hay mejor que saberse, por Amor, esclavos de Dios. Porque en ese momento -nos explica Mons. Escrivá de Balaguer- perdemos la situación de esclavos, para convertirnos en amigos, en hijos. Y aquí se manifiesta la diferencia: afrontamos las honestas ocupaciones del mundo con la misma pasión, con el mismo afán que los demás, pero con paz en el fondo del alma; con alegría y serenidad, también en las contradicciones: que no depositamos nuestra confianza en lo que pasa, sino

en lo que permanece para siempre, no somos hijos de la esclava, sino de la libre.

»¿De dónde nos viene esta libertad? De Cristo, Señor Nuestro. Esta es la libertad con la que el nos ha redimido. Por eso enseña: si el Hijo os alcanza la libertad, seréis verdaderamente libres. Los cristianos no tenemos que pedir prestado a nadie el verdadero sentido de este don, porque la única libertad que salva al hombre es cristiana.

»Me gusta hablar de la aventura de la libertad, porque así se desenvuelve vuestra vida y la mía. Libremente -como hijos, insisto, no como esclavos-, seguimos el sendero que el Señor ha señalado para cada uno de nosotros. Saboreamos esta soltura de movimientos, como un regalo de Dios»[89]

Cumplir la voluntad de Dios; someter la propia inteligencia a la verdad y dirigir la libertad hacia el bien -en el fondo, hacia Dios siempre-, no es esclavitud, es libertad: una libertad superior que se nos manifiesta unida -en aparente paradoja- a la obediencia, al servicio, a la entrega generosa. Paradoja sólo aparente, porque «el Amor de Dios marca el camino de la verdad, de la justicia, del bien. Cuando nos decidimos a contestar al Señor: mi libertad para ti, nos encontramos liberados de todas las cadenas que nos habían atado a cosas sin importancia, a preocupaciones ridículas, a ambiciones mezquinas»[90]

Como a veces resulta difícil comportarse según esa libertad, acudamos a Santa María, «tratemos de aprender, siguiendo su ejemplo en la obediencia a Dios, en esa delicada combinación de esclavitud y de señorío. En María no hay nada de aquella actitud de las vírgenes necias, que obedecen, pero alocadamente. Nuestra Señora oye con atención lo que Dios quiere, pondera lo que no entiende, pregunta lo que no sabe. Luego, se entrega toda al cumplimiento de la voluntad divina: he aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra. ¿Veis la maravilla? Santa María, maestra de toda nuestra conducta, nos enseña ahora que la obediencia a Dios no es servilismo, no sojuzga la conciencia: nos mueve íntimamente a que descubramos la libertad de los hijos de Dios»[91]

3. El trabajo de los hijos de Dios

«Sueño -y el sueño se ha hecho realidad-, decía el Padre en 1963, con muchedumbres de hijos de Dios, santificándose en su vida de

ciudadanos corrientes, compartiendo afanes, ilusiones y esfuerzos con las demás criaturas. Necesito gritarles esta verdad divina: si permanecéis en medio del mundo, no es porque Dios se haya olvidado de vosotros, no es porque el Señor no os haya llamado. Os ha invitado a que continuéis en las actividades y en las ansiedades de la tierra, porque os ha hecho saber que vuestra vocación humana, vuestra profesión, vuestras cualidades, no sólo no son ajenas a sus designios divinos, sino que El las ha santificado como ofrenda gratísima al Padre»[92]

Todos los hijos de Dios, sea la que sea su situación en el mundo y en la Iglesia, están llamados a santificarse, a ser cada día más ipse Christus, y han de ver en todas las circunstancias de su vida ordinaria, de su trabajo y de su descanso, de sus relaciones familiares y sociales en general, una realidad que debe ser vida de Cristo: non vivo ego, vivit vero in me Christus[93]

Durante mucho tiempo se ha considerado el trabajo como algo que esclaviza, como un castigo, como algo que dificulta la vida espiritual... En realidad, ni es castigo -puesto que el hombre ha sido creado ut operaretur[94]-, ni tiene por que dificultar el trato con Dios: es más, el cristiano puede y debe, con la gracia de Dios, «santificar el trabajo, santificarse en el trabajo, santificar con el trabajo»[95], como ha venido predicando Mons. Escrivá de Balaguer desde 1928. Y trabajo, en el fondo, es toda la actividad humana. Pero no podemos detenernos aquí en este aspecto capital. Fijémonos, en cambio, en que la realidad de la filiación divina es la que impide la esclavitud en el trabajo, pues «en medio de las limitaciones inseparables de nuestra situación presente, porque el pecado habita todavía de algún modo en nosotros, el cristiano percibe con claridad nueva toda la riqueza de su filiación divina, cuando se reconoce plenamente libre porque trabaja en las cosas de su Padre»[96]

Si contemplamos la vida nuestra con realismo -con ese realismo superior que nos proporciona la fe sobrenatural-, percibimos que nada hay ajeno al designio divino; que, sea la que sea nuestra actividad, trabajamos en cosa propia, porque todo es de Dios y nosotros somos hijos, no asalariados: todas las cosas son vuestras, pero vosotros sois de Cristo, y Cristo de Dios[97].

Esta libertad de quien trabaja en cosa propia comporta, a la vez, bajo el impulso radical de sabernos hijos de Dios, el esfuerzo generoso, que no se limita nunca a la búsqueda de una contrapartida meramente humana, por lo demás necesaria y justa de ordinario para quien ha de vivir de su trabajo, porque -además- el premio verdadero nos lo asegura el Señor. «Está

bien que sirvas a Dios como un hijo, sin paga, generosamente... -Pero no te preocupes si alguna vez piensas en el premio»[98]

El hijo de Dios ansía, sí, ese premio que es la unión definitiva con Cristo y, en El, con el Padre y el Espíritu Santo. Sin embargo, precisamente porque es hijo, «acepta gustosamente la necesidad de trabajar en este mundo, durante muchos años, porque Jesús tiene pocos amigos aquí abajo. No rehusemos la obligación de vivir, de gastarnos -bien exprimidos- al servicio de Dios y de la Iglesia. De esta manera, en libertad: in libertatem gloriae filiorum Dei, qua libertate Christus nos liberavit; con la libertad de los hijos de Dios, que Jesucristo nos ha ganado muriendo sobre el madero de la Cruz»[99]

Esta libertad se funde y compenetra con la obediencia -en el trabajo, como en cualquier aspecto de la vida humana-, precisamente por su común raíz en la filiación divina. Al ocuparse en su quehacer, el hijo de Dios busca libremente cumplir la Voluntad del Padre, y así vive libre, con un señorío interior que le permite amar la obediencia, las necesarias vinculaciones que su vivir en el mundo lleva de un modo u otro consigo. Por encima de ellas, descubrirá siempre el querer de su Padre, Dios mismo que sale a su encuentro.

«Soy muy amigo de la libertad, y precisamente por eso quiero tanto esta virtud cristiana (la obediencia). Debemos sentirnos hijos de Dios, y vivir con la ilusión de cumplir la voluntad de nuestro Padre. Realizar las cosas según el querer de Dios, porque nos da la gana, que es la razón más sobrenatural»[100]

Este deseo, esta ilusión del buen hijo de Dios, por cumplir la Voluntad divina, empuja al cristiano no sólo a cumplir lo mejor posible sus propios deberes, sino también a considerar el quehacer de los demás como cosa propia, porque es, debe ser, cosa de Dios. De ahí aquel consejo: «Cuando hayas terminado tu trabajo, haz el de tu hermano, ayudándole, por Cristo, con tal delicadeza y naturalidad que ni el favorecido se dé cuenta de que estás haciendo más de lo que en justicia debes.

»-¡Esto sí que es fina virtud de hijo de Dios!»[101]

Para que nuestro trabajo, todo nuestro quehacer, sea verdaderamente, y cada vez más, el trabajo de los hijos de Dios, es necesario que sea cada vez más trabajo de Cristo, por nuestra identificación con El mientras desempeñamos toda esa actividad. Por eso, «estando plenamente metido en su trabajo ordinario, entre los demás hombres, sus iguales, atareado, ocupado, en tensión, el cristiano ha de estar al mismo

tiempo metido totalmente en Dios, porque es hijo de Dios»[102]. El trabajo es, así, oración y apostolado[103]

4. La oración de los hijos de Dios

Por la filiación divina, el cristiano ha de vivir constantemente metido en Dios, endiosado. No sólo pasivamente -porque con la gracia de Dios nos mete dentro de su Vida divina-, sino activamente, participando también con su inteligencia y su voluntad en esa eterna actividad de Conocimiento y Amor que es el misterio de Dios Uno y Trino. Toda nuestra vida ha de ser oración.

Pero, «recomendar esa unión continua con Dios, ¿no es presentar un ideal, tan sublime, que se revela inasequible para la mayoría de los cristianos? Verdaderamente es alta la meta, pero no inasequible. El sendero, que conduce a la santidad, es sendero de oración; y la oración debe prender poco a poco en el alma, como la pequeña semilla que se convertirá más tarde en árbol frondoso»[104]

Para saber cuál es el inicio, el punto de partida, de ese sendero de oración, los Apóstoles preguntaron a Cristo, y nosotros ahora, guiados por la palabra de Mons. Escrivá de Balaguer, «revivimos esa escena en la que Jesús se ha retirado en oración, y los discípulos están cerca, probablemente contemplándole. Cuando terminó, uno se decidió a suplicarle: Señor, enseñanos a orar, como enseñó Juan a sus discípulos. Y Jesús les respondió: cuando os pongáis a orar, habéis de decir: Padre, “sea santificado tu nombre.

»Notad lo sorprendente de la respuesta: los discípulos conviven con Jesucristo y, en medio de sus charlas, el Señor les indica cómo han de rezar; les revela el gran secreto de la misericordia divina: que somos hijos de Dios, y que podemos entretenernos confiadamente con El, como un hijo charla con su padre»[105]

De tal modo caracteriza la filiación divina la oración cristiana, que ésta no es otra cosa que el trato del hijo con su Padre. Un diálogo que comienza de ordinario con oraciones vocales, para continuarse más tarde en una contemplación sin ruido de palabras. Un hablar con Dios que es confiado desde el primer momento, si nos sabemos y sentimos hijos suyos[106]; que nos conduce a la audacia en la petición a Dios, que es nuestro Padre y Omnipotente[107]; que tiene por tema de nuestra vida:

«todo lo que palpita en nuestra cabeza y en nuestro corazón: alegrías, tristezas, esperanzas, sinsabores, éxitos, fracasos, y hasta los detalles más pequeños de nuestra jornada. Porque habremos comprobado que todo lo nuestro interesa a nuestro Padre Celestial»[108]

Con esta consoladora seguridad -todo lo nuestro interesa a Dios, y El es verdaderamente Padre-, «nuestro trato con Dios no es el de un ciego que ansía la luz pero que gime entre las angustias de la obscuridad, sino el de un hijo que se sabe amado por su Padre»[109] Sin embargo, en ocasiones -y a veces de modo habitual- esa luz apenas se percibe, y el alma se encuentra como a oscuras; parece que Dios esté lejos. En esas circunstancias, será también el sentido de la filiación divina la raíz poderosa que evitará que muera el tallo de nuestra oración, destinada a ser árbol frondoso.

«No me importa contaros -decía el Padre en 1964- que el Señor, en ocasiones, me ha concedido muchas gracias; pero de ordinario yo voy a contrapelo. Sigo mi plan no porque me guste, sino porque debo hacerlo, por Amor. Pero, Padre, ¿se puede interpretar una comedia con Dios?, ¿no es acaso una hipocresía? Quédate tranquilo: para ti ha llegado el instante de participar en una comedia humana con un espectador divino. Persevera, que el Padre, y el Hijo, y el Espíritu Santo, contemplan esa comedia tuya; realiza todo por amor a Dios, por agradarle, aunque a ti te cueste.

»¡Qué bonito es ser juglar de Dios! ¡Qué hermoso recitar esa comedia por Amor, con sacrificio, sin ninguna satisfacción personal, por agradar a nuestro Padre Dios, que juega con nosotros! Encárate con el Señor, y confíale: no tengo ningunas ganas de ocuparme de esto, pero lo ofreceré por Ti. Y ocúpate de verdad de esa labor, aunque pienses que es una comedia. ¡Bendita comedia! Te lo aseguro: no se trata de hipocresía, porque los hipócritas necesitan público para sus pantomimas. En cambio, los espectadores de esa comedia nuestra -déjame que te lo repita- son el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; la Virgen Santísima, San José y todos los Angeles y Santos del Cielo»[110]

Esta actitud reciamente cristiana -filial- ante los momentos de oscuridad y desgana, se extiende al trabajo y a la oración, al cumplimiento de todo deber. No hay hipocresía, porque somos hijos de Dios, y si nos parece que El está lejos, sabemos que juega con nosotros... ¡al escondite!: ludens in orbe terrarum[111].

La sinceridad de esta oración nuestra, en los momentos de oscuridad, como en cualquier otra circunstancia, está garantizada precisamente si es oración de hijos de Dios, que se esfuerzan en que esa

oración no sea simple palabrería, sino que sea siempre operativa, orientada al cumplimiento de la voluntad del Padre. «Me atrevo a asegurar, sin temor a equivocarme, que hay muchas, infinitas maneras de orar, podría decir. Pero yo quisiera para todos nosotros la auténtica oración de los hijos de Dios, no la palabrería de los hipócritas, que han de escuchar de Jesús: no todo el que repite: ¡Señor!, ¡Señor!, entrará en el reino de los cielos. Los que se mueven por la hipocresía, pueden quizá lograr el ruido de la oración -escribía San Agustín-, pero no su voz, porque allí falta la vida, y está ausente el afán de cumplir la Voluntad del Padre. Que nuestro ¡Señor! vaya unido al deseo eficaz de convertir en realidad esas mociones interiores, que el Espíritu Santo despierta en nuestra alma»[112]

Alimentada por la filiación divina, la senda de la oración cristiana va recorriendo -de modo intencional, por conocimiento y amor explícitos- el itinerario de nuestra introducción ontológica -por la adopción en el Hijo- en la vida divina de la Trinidad Beatísima: el trato con la Santísima Humanidad de Cristo, y de Cristo en la Cruz, lleva a reconocer en El al Hijo de Dios, que nos abre las puertas de la intimidad intratrinitaria. Y, con esta oración, no sólo se conoce esa intimidad en la que, por la gracia, nos encontramos, sino que además esa familiaridad divina crece.

«Habíamos empezado con plegarias vocales, sencillas, encantadoras, que aprendimos en nuestra niñez, y que no nos gustaría abandonar nunca. La oración, que comenzó con esa ingenuidad pueril, se desarrolla ahora en cauce ancho, manso y seguro, porque sigue el paso de la amistad con aquel que afirmó: Yo soy el camino. Si amamos a Cristo así, si con divino atrevimiento nos refugiamos en la abertura que la lanza dejó en su Costado, se cumplirá la promesa del Maestro: cualquiera que me ama, observará mi doctrina, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos mansión dentro de él.

»El corazón necesita, entonces, distinguir y adorar a cada una de las Personas divinas. De algún modo, es un descubrimiento, el que realiza el alma en la vida sobrenatural, como los de una criatura que va abriendo los ojos a la existencia. Y se entretiene amorosamente con el Padre y con el Hijo y con el Espíritu Santo; y se somete fácilmente a la actividad del Paráclito vivificador, que se nos entrega sin merecerlo: ¡los dones y las virtudes sobrenaturales!

»Hemos corrido como el ciervo, que ansía las fuentes de las aguas; con sed, rota la boca, con sequedad. Queremos beber en ese manantial de agua viva. Sin rarezas, a lo largo del día nos movemos en ese abundante y claro venero de frescas linfas que saltan hasta la vida eterna.

Sobran las palabras, porque la lengua no logra expresarse; ya el entendimiento se aquieta. No se discurre, ¡se mira! Y el alma rompe otra vez a cantar con cantar nuevo, porque se siente y se sabe también mirada amorosamente por Dios a todas horas.

»No me refiero a situaciones extraordinarias. Son, pueden muy bien ser, fenómenos ordinarios de nuestra alma: una locura de amor que, sin espectáculo, sin extravagancias, nos enseña a sufrir y a vivir, porque Dios nos concede la Sabiduría. ¡Qué serenidad, qué paz entonces, metidos en la senda estrecha que conduce a la vida!

»¿Ascética? ¿Mística? No me preocupa. Sea lo que fuere, ascética o mística, ¿qué importa?: es merced de Dios. Si tú procuras meditar, el Señor no te negará su asistencia. Fe y hechos de fe: hechos, porque el Señor -lo has comprobado desde el principio, y te lo subrayé a su tiempo- es cada día más exigente. Eso es ya contemplación y es unión; ésta ha de ser la vida de muchos cristianos, cada uno yendo adelante por su propia vía espiritual -son infinitas-, en medio de los afanes del mundo, aunque ni siquiera hayan caído en la cuenta.

»Una oración y una conducta que no nos apartan de nuestras actividades ordinarias, que en medio de ese afán noblemente terreno nos conducen al Señor. Al elevar todo ese quehacer a Dios, la criatura diviniza el mundo»[113]

5. El apostolado de los hijos de Dios

Divinizar el mundo, reconducir todas las cosas a Dios, como consecuencia de nuestro propio endiosamiento, de nuestra propia divinización: éste es el término del apostolado cristiano, que se fundamenta en la filiación divina, porque es consecuencia necesaria de nuestro ser ipse Christus; y en Cristo -único Mediador- somos corredtores y mediadores.

«Cada uno de nosotros ha de ser ipse Christus. El es el único mediador entre Dios y los hombres; y nosotros nos unimos a El para ofrecer, con El, todas las cosas al Padre. Nuestra vocación de hijos de Dios, en medio del mundo, nos exige que no busquemos solamente nuestra santidad personal, sino que vayamos por los senderos de la tierra, para convertirlos en trochas que, a través de los obstáculos, lleven las almas al Señor; que tomemos parte como ciudadanos corrientes en todas las

actividades temporales, para ser levadura que ha de informar la masa entera»[114]

El apostolado de los hijos de Dios no es una actividad particular entre otras, no es algo añadido a su vida ordinaria, ni superpuesto a su vida interior, a su esfuerzo constante por identificarse con Cristo. Mucho menos aún ese apostolado es una tarea sólo de algunos cristianos. Del mismo modo que toda la vida, el trabajo y todas las realidades humanas, pueden y deben ser oración -vida de Cristo en nosotros también- «el apostolado es como la respiración del cristiano: no puede vivir un hijo de Dios, sin ese latir espiritual»[115]

Porque somos ipse Christus, participamos del Sacerdocio de Cristo, poseemos el sacerdocio común de los fieles, que es un modo en que se hace presente en el mundo el Sacerdocio eterno de Jesús, su mediación entre Dios y los hombres. «Mons. Escrivá de Balaguer -nos dice don Alvaro del Portillo-, al exponer desde los comienzos del Opus Dei esta doctrina sobre el sacerdocio común de los fieles, recordaba a socios de la Obra -seglares dedicados profesionalmente a las más diversas tareas y ocupaciones seculares- que, en forma perfectamente compatible con su mentalidad laical, la suya era un alma sacerdotal»[116]

Por tanto, el apostolado no es algo propio solamente de quienes participan del Sacerdocio de Cristo por el sacerdocio ministerial -que es esencialmente diverso del común de todos los fieles-, sino que es una realidad cristiana universal. Esta universalidad es exigencia de nuestra identificación con Cristo, es decir, de nuestra filiación divina. No puede separarse la vocación a participar personalmente en la intimidad divina en Cristo, de la misión apostólica -corredención en y con Cristo-, de modo estrictamente análogo a como «no es posible separar en Cristo su ser de Dios-Hombre y su función de Redentor. El Verbo se hizo carne y vino a la tierra ut omnes homines salvi fiant, para salvar a todos los hombres. Con nuestras miserias y limitaciones personales, somos otros Cristos, el mismo Cristo, llamados también a servir a todos los hombres»[117]

Cualquier aspecto de la labor apostólica de los cristianos se ilumina extraordinariamente a la luz de la filiación divina: ésta es, como se ha visto, el fundamento, la raíz... y es además el término, pues puede resumirse la finalidad apostólica de nuestra vida así: «dar testimonio de Cristo y llevar a quienes nos rodean la alegría de saberse hijos de Dios»[118]; es decir, llevar a todos «la nueva alegría de que El es un Padre que ama sin medida»[119].

El apostolado cristiano se manifiesta también -precisamente a la luz de la filiación divina- ajeno a toda simple táctica de humana persuasión -menos aún de coacción-, pues es una tarea informada completamente por el Amor; ese mismo amor sobrenatural, caridad, que el Espíritu Santo difunde en nuestra alma haciéndonos ipse Christus, hijos de Dios. «El cristiano se sabe injertado en Cristo por el Bautismo; habilitado a luchar por Cristo, por la Confirmación; llamado a obrar en el mundo la participación en la función real, profética y sacerdotal de Cristo; hecho una sola cosa con Cristo por la Eucaristía, sacramento de la unidad y del amor. Por eso, como Cristo, ha de vivir de cara a los demás hombres, mirando con amor a todos y a cada uno de los que le rodean, y a la humanidad entera»[120]

Y el verdadero amor a los demás -único motor del auténtico apostolado cristiano- es un amor en Cristo, porque es en Cristo y sólo en Cristo como ese apostolado puede ser eficaz, pues sólo El es Redentor y Mediador. «Cuando amamos en el Corazón de Cristo a los que somos hijos de un mismo Padre, estamos asociados en una misma fe y somos herederos de una misma esperanza (Minucio Félix, Octavius, 31), nuestra alma se engrandece y arde con el afán de que todos se acerquen a Nuestro Señor»[121] Sólo este amor es el que permite al hijo de Dios «decidirse en Cristo a buscar el bien de todas las almas sin discriminación de ningún género, logrando para ellas, antes que nada, lo mejor: que conozcan a Cristo, que se enamoren de El»[122] ; es decir, que lleguen todos a la gloria de los hijos de Dios.

Para reconducir todas las cosas a Dios, el cristiano -sin ser ni sentirse enemigo de nadie[123]- está, sin embargo, empeñado en una batalla, con dificultades, en ocasiones con aparentes y aun reales retrocesos. En esa dureza, en esa dificultad -sea la que sea su situación en el mundo y en la Iglesia-, el hijo de Dios, el apóstol, encuentra siempre la Cruz, signo y realidad necesaria de su identificación con Cristo. «¿La Cruz sobre tu pecho?... -Bien. Pero.. la Cruz sobre tus hombros, la Cruz en tu carne, la Cruz en tu inteligencia. -Así vivirás por Cristo, con Cristo y en Cristo: solamente así serás apóstol»[124]

Esta Cruz no resta alegría ni optimismo al trabajo -a la vida entera- hecho medio, sustancia, de apostolado, porque el cristiano sabe -debe saber- la inefable verdad de estas palabras de Mons. Escrivá de Balaguer, que se dirigen a él: «En la Cruz serás Cristo, y te sentirás hijo de Dios, y excluirás: Abba, Pater!, ¡qué alegría encontrarte, Señor!»

6. La alegría, el dolor y la muerte de los hijos de Dios

La posesión del bien -también la esperanza de gozarlo- produce ese estado del alma que llamamos alegría. Un gozo que puede estar enraizado en bienes efímeros o en bienes eternos; que puede afectar a la superficie del alma o a toda su profundidad. Hay muchas alegrías circunstanciales, necesariamente pasajeras; hay también risas que esconden tristeza y lágrimas de alegría...

«¿Por qué nos entristecemos los hombres? Porque la vida en la tierra no se desarrolla como nosotros personalmente esperábamos, porque surgen obstáculos que impiden o dificultan seguir adelante en la satisfacción de lo que pretendemos.

»Nada de esto ocurre -nos asegura Mons. Escrivá de Balaguer-, cuando el alma vive esa realidad sobrenatural de su filiación divina. Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros? Que estén tristes los que se empeñan en no reconocerse hijos de Dios, vengo repitiendo desde siempre»[125]

No puede haber en esta vida una alegría más profunda que la del hijo de Dios, porque ningún bien puede compararse a la infinita riqueza de ser familiares de Dios, hijos de Dios; nada de este mundo debería robarle su alegría. Un gozo, una segura esperanza, una serenidad, un buen humor, que no es la alegría del animal sano[126], sino -como explicaba el Padre hace años- la «de sabernos queridos por nuestro Padre Dios, que nos acoge, nos ayuda y nos perdona siempre»

Esta incomparable alegría radicada en la filiación divina, no se apoya pues en nuestras propias virtudes: no es vana satisfacción personal, sino que se edifica sobre la misma flaqueza y debilidad humana. «No te turbe conocerte como eres: así, de barro. No te preocupe. Porque tú y yo somos hijos de Dios -y este es endiosamiento bueno-, escogidos por llamada divina desde toda la eternidad: nos eligió el Padre, por Jesucristo, antes de la creación del mundo para que seamos santos en su presencia»[127]

Conocer la propia debilidad, experimentar la presencia de la adversidad dentro de nosotros mismos, no sólo no nos preocupa, no es motivo para perder o disminuir nuestro gozo, sino que eso mismo debe ser motivo de alegría: «Sentirse barro, recompuesto con lañas, es fuente continua de alegría; significa reconocerse poca cosa delante de Dios: niño, hijo. ¿Y hay mayor alegría de la del que, sabiéndose pobre y débil, se sabe también hijo de Dios?»[128]

Tampoco las adversidades externas, obstáculos, dolor, incomprensión, injusticia, traición..., son capaces de disminuir en nada la verdadera alegría de los hijos de Dios. Y esto, no por falta de realismo o por superficialidad, pues «sería ingenuo negar la reiterada presencia del dolor y del desánimo, de la tristeza y de la soledad, durante la peregrinación nuestra en este suelo. Por la fe hemos aprendido con seguridad que todo eso no es producto del acaso, que el destino de la criatura no es caminar hacia la aniquilación de sus deseos de felicidad. La fe nos enseña que todo tiene un sentido divino, porque es propio de la entraña misma de la llamada que nos lleva a la casa del Padre. No simplifica, este entendimiento sobrenatural de la existencia terrena del cristiano, la complejidad humana; pero asegura al hombre que esa complejidad puede estar atravesada por el nervio del amor de Dios, por el cable, fuerte e indestructible, que enlaza la vida en la tierra con la vida definitiva en la Patria»[129]

El sentido divino de todo lo que sucede o puede suceder en nuestra vida es éste: forma parte de la llamada a la casa del Padre. La filiación divina tiene una dimensión escatológica precisa: nos hace comprender con luz nueva que lo definitivo vendrá después de la muerte; que lo de ahora, siendo ya una realidad, todavía no ha alcanzado su plenitud, la plenitud de la gloria de los hijos de Dios. Todo en esta vida, también el sufrimiento, nos está diciendo que «Cristo nos espera. Vivimos ya como ciudadanos del cielo, siendo plenamente ciudadanos de la tierra, en medio de dificultades, de injusticias, de incomprensiones, pero también en medio de la alegría y de la serenidad que da saberse hijo amado de Dios»[130]

«Precisamente, esa admisión sobrenatural del dolor supone, al mismo tiempo, la mayor conquista. Jesús, muriendo en la Cruz ha vencido la muerte; Dios saca, de la muerte, vida. La actitud de un hijo de Dios no es la de quien se resigna a su trágica desventura, es la satisfacción de quien pregusta ya la victoria»[131]

Pero, además, la alegría cristiana no sólo no viene a menos por el dolor y las dificultades, sino que ese dolor puede ser raíz de una creciente alegría, porque para el cristiano encontrar el sufrimiento es hallar la Cruz, y en Ella es ipse Christus, hijo de Dios. Y, así, «si obedecemos a la voluntad de Dios, la Cruz será también Resurrección, exaltación. Se cumplirá en nosotros, paso por paso, la vida de Cristo: se podrá asegurar que hemos vivido procurando ser buenos hijos de Dios, que hemos pasado haciendo el bien, a pesar de nuestra flaqueza y de nuestros errores personales, por numerosos que sean»[132]

Y esto -como todo lo demás-, antes que doctrina ha sido vida en el Fundador del Opus Dei; una vida que Dios quiso marcar profundamente con el signo de la Cruz. Aun en las situaciones más duras -nos narra el testigo más directo y fiel de la vida santa de Mons. Escrivá de Balaguer-, «siempre mantuvo el Padre su buen humor. Los que estábamos a su alrededor en aquellos momentos, no le vimos nunca triste. Por el contrario, se mostraba siempre alegre y optimista. El origen de aquella serenidad era el hondo sentimiento de la filiación divina, que Dios quiso poner como fundamento del espíritu del Opus Dei»[133]

¿Y la muerte? Tampoco este trance decisivo puede atemorizar al cristiano, ni nublar su luminosa alegría, porque «para los hijos de Dios, la muerte es vida»[134]: es el paso a la plenitud.

¿Y el juicio de Dios? Impulsa a la conversión constante, a la rectificación..., pero al hijo de Dios se dirige esa sencilla pero impresionante pregunta: «¿No brilla en tu alma el deseo de que tu Padre-Dios se ponga contento cuando te tenga que juzgar?»[135]

«Sin miedo a la vida, y sin miedo a la muerte» ¿Quién puede afirmar esto, con palabras de Mons. Escrivá de Balaguer ante millares de personas?: sólo los hijos de Dios.

«Así, casi sin enterarnos avanzaremos con pisadas divinas, recias y vigorosas, en las que se saborea el íntimo convencimiento de que junto al Señor también son gustosos el dolor, la abnegación, los sufrimientos. ¡Qué fortaleza, para un hijo de Dios, saberse tan cerca de su Padre! Por eso, suceda lo que suceda, estoy firme, seguro contigo, Señor y Padre mío, que eres la roca y la fortaleza»[136]

7. La conversión de los hijos de Dios

La vida cristiana en esta tierra, que se inicia con la primera infusión de la gracia divina que borra el pecado original, y que termina con la muerte del hijo de Dios, que es tránsito a la verdadera Vida, no es un sendero siempre ascendente. «Nos engañaríamos, si supusiéramos que el ansia de buscar a Cristo, la realidad de su encuentro y de su trato, y la dulzura de su amor nos transforman en personas impecables»[137] Sabemos bien que somos -y seremos siempre en este mundo- pecadores. Por eso, «advertir en el cuerpo y en el alma el aguijón de la soberbia, de la sensualidad, de la envidia, de la pereza, del deseo de sojuzgar a los demás,

no debería significar un descubrimiento. Es un mal antiguo, sistemáticamente confirmado por nuestra personal experiencia; es el punto de partida y el ambiente habitual para ganar en nuestra carrera hacia la casa del Padre, en este íntimo deporte»[138]

Nuestra debilidad es nada menos que el ambiente habitual de nuestro caminar hacia el Padre, de nuestro dirigirnos a la plenitud de la gloria de los hijos de Dios. Y esto sólo puede entenderse a la luz de la misericordia divina, de saber que «Dios, al ocuparse de nosotros como Padre amoroso, nos considera en su misericordia: una misericordia suave, hermosa como nube de lluvia»[139] Ese ambiente de nuestro vivir - ambiente de flaqueza personal, de pecado- resulta ser el clima de la misericordia de nuestro Padre Dios, que nos mueve y atrae constantemente hacia sí: es el ambiente de nuestro ir y volver al Padre; el ámbito de nuestra conversión.

Conversión, penitencia, por tanto, no son realidades que ocupen sólo de vez en cuando la vida cristiana: ésta ha de ser una permanente conversión, pero iluminada, caracterizada en su misma esencia, por la filiación divina, que nos confirma constantemente en la consoladora verdad de que «Dios no se escandaliza de los hombres. Dios no se cansa de nuestras infidelidades. Nuestro Padre del Cielo perdona cualquier ofensa, cuando el hijo vuelve de nuevo a El, cuando se arrepiente y pide perdón. Nuestro Señor es tan Padre, que previene nuestros deseos de ser perdonados, y se adelanta, abriéndonos los brazos con su gracia.

»Mirad que no estoy inventando nada, nos advierte Mons. Escrivá de Balaguer. Recordad aquella parábola que el Hijo de Dios nos contó para que entendiéramos el amor del Padre que está en los cielos: la parábola del hijo pródigo.

»Cuando aún estaba lejos, dice la Escritura, lo vio su Padre, y enterneciéronsele las entrañas y corriendo a su encuentro, le echó los brazos al cuello y le dio mil besos. Estas son las palabras del libro Sagrado: le dio mil besos, se lo comía a besos. ¿Se puede hablar más humanamente? ¿Se puede describir de manera más gráfica el amor paternal de Dios por los hombres?

»Ante un Dios que corre hacia nosotros, no podemos callarnos, y le diremos con San Pablo, Abba, Pater!, Padre. ¡Padre mío!, porque, siendo el creador del universo, no le importa que no utilicemos títulos altisonantes, ni echa de menos la debida confesión de su señorío. Quiere que le llamemos Padre, que saboreemos esa palabra, llenándonos el alma de gozo»[140]

También aquí es la palabra y el ejemplo de Mons. Escrivá de Balaguer lo que nos guía, porque «verdaderamente, amor y humildad eran dos constantes en la vida de nuestro Padre, que infundían a su oración y a su acción apostólica una audacia filial. La consecuencia práctica -sigue diciendo Mons. Alvaro del Portillo- era ese continuo comenzar y recomenzar en la vida interior. Una vida, pues, que recorre como itinerario el del hijo pródigo, siempre volviendo y volviendo -con rendida confianza- a la misericordia de Dios Padre»[141]

Hemos de vivir como un constante hijo pródigo, no sólo si nos hemos apartado mucho de Dios, sino con un recomenzar diario, con un habitual espíritu de penitencia, que no resta alegría a nuestras jornadas, porque la nuestra es una conversión gozosa: la de los hijos de Dios.

Con frecuencia nos olvidamos de estas realidades, y se hace necesario que dediquemos algunos tiempos del año -por ejemplo, la Cuaresma- a intensificar y renovar nuestros deseos y obras de conversión. «La liturgia de la Cuaresma cobra a veces acentos trágicos, consecuencia de la meditación de lo que significa para el hombre apartarse de Dios. Pero esta conclusión no es la última palabra. La última palabra la dice Dios, y es la palabra de su amor salvador y misericordioso y, por tanto, la palabra de nuestra filiación divina»[142]

Sólo nosotros mismos podemos impedir -con nuestra soberbia- esta maravilla divina y humana de nuestra conversión alegre. Es la soberbia lo que impide la primera condición del arrepentimiento: reconocer el propio pecado; y lo que, si reconocido, puede llevar a que el hombre piense -en contra de toda evidencia sobrenatural- que ya no hay remedio. Por eso, el hijo de Dios, si es buen hijo, es humilde, lucha por serlo, con una humildad que nada tiene que ver con el encogimiento de ánimo. Una humildad que también está informada en su raíz por la filiación divina, y que conduce a una oración confiada.

«Ante nuestras miserias y nuestros pecados, ante nuestros errores -aunque, por la gracia divina, sean de poca monta-, vayamos a la oración y digamos a nuestro Padre: ¡Señor, en mi pobreza, en mi fragilidad, en este barro mío de vasija rota, Señor, colócame unas lañas y -con mi dolor y con tu perdón- seré más fuerte y más gracioso que antes! Una oración consoladora, para que la repitamos cuando se destroce este pobre barro nuestro.

»Que no nos llame la atención si somos deleznable, que no nos choque comprobar que nuestra conducta se quebranta por menos de nada; confiad en el Señor, que siempre tiene preparado el auxilio: el Señor es mi

luz y mi salvación, ¿a quién temeré? A nadie: tratando de este modo a nuestro Padre del Cielo, no admitamos miedo de nadie ni de nada»[143]

¡Cómo impresionaba oír a Mons. Escrivá de Balaguer, cuando afirmaba: «no tengo miedo a nada ni a nadie; ni a Dios, que es mi Padre!» Esto mismo debemos exclamar todos, porque sabiéndonos hijos de Dios - por el don de piedad que el Espíritu Santo nos concede- se afianza también en nosotros el don de temor de Dios en su sentido sobrenatural más pleno. «“Timor Domini sanctus”. -Santo es el temor de Dios. -Temor que es veneración del hijo para su Padre, nunca temor servil, porque tu Padre-Dios no es un tirano»[144] Y cuando hemos faltado a esa veneración, cuando hemos abusado del amor de Dios, «la conciencia de nuestra filiación divina da alegría a nuestra conversión: nos dice que estamos volviendo hacia la casa del Padre»[145]

Conclusión

Hijos pequeños del Padre

«...Quasi modo geniti infantes: como niños recién nacidos... Pensaba que esa invitación de la Iglesia nos viene muy bien a todos los que sentimos la realidad de la filiación divina. Porque nos conviene ser muy recios, muy sólidos, con un temple capaz de influir en el ambiente donde nos encontremos; y, sin embargo, delante de Dios, es tan bueno que nos consideremos hijos pequeños!»[146]

Bastaría considerar -en la pobre medida que nos es posible- quién es Dios, para que el sabernos sus hijos nos condujese por caminos de infancia espiritual. Hijos pequeños de Dios; eso somos, y como tales hemos de procurar vivir, evitando la necedad de aparentar en nuestra conducta una mayoría de edad que, ante Dios, es simplemente un absurdo. Cabe, sí, una mayoría de edad del hijo de Dios, pero en otro sentido: la plena identificación con Cristo -la plenitud de la edad perfecta de Cristo-[147], que sólo en el Cielo alcanzaremos si somos fieles.

Estamos destinados a esa grandeza incomparable, y para alcanzarla el mismo Jesucristo nos ha enseñado que es condición indispensable hacernos como niños[148]. Pero, «ser pequeño exige creer

como creen los niños, amar como aman los niños, abandonarse como se abandonan los niños..., rezar como rezan los niños»[149]

Hay sin duda mil modos diferentes de vivir esta infancia espiritual, pero en todo caso esa vida de hijos pequeños de Dios «no es memez espiritual, ni “blandenguería”: es camino cuerdo y recio que, por su difícil facilidad, el alma ha de comenzar y seguir llevada de la mano de Dios»[150]

Para poner toda nuestra confianza en Dios, necesitamos sentirnos hijos pequeños del Omnipotente. Y, de manera muy especial, esta actitud es fundamental para ese aspecto permanente de nuestra existencia que es la conversión. «En la vida interior, nos conviene a todos ser quasi modo geniti infantes, como esos pequeñines, que parecen de goma, que disfrutan hasta con sus trastazos porque enseguida se ponen de pie y continúan sus correteos; y porque tampoco les falta -cuando resulta preciso- el consuelo de sus padres»[151]

«Si procuramos portarnos como ellos, los trompicones y fracasos -por lo demás inevitables- en la vida interior no desembocarán nunca en amargura. Reaccionaremos con dolor pero sin desánimo, y con una sonrisa que brota, como agua limpia, de la alegría de nuestra condición de hijos de ese Amor, de esa grandeza, de esa sabiduría infinita, de esa misericordia, que es nuestro Padre»[152]

«Hay que aprender a ser como niños, hay que aprender a ser como hijo de Dios. Y, de paso, transmitir a los demás esa mentalidad que, en medio de las naturales flaquezas, nos hará fuertes en la fe, fecundos en las obras, y seguros en el camino, de forma que cualquiera que sea la especie del error que podamos cometer, aun el más desagradable, no vacilaremos nunca en reaccionar, y en retornar a esa senda maestra de la filiación divina que acaba en los brazos abiertos y expectantes de nuestro Padre Dios»[153]

La filiación divina es la senda maestra que nos conduce a la plenitud verdadera, a la de la gloria de los hijos de Dios. Viviendo así, como hijos pequeños del Padre, «lograremos acabar en el Amor nuestros días, habiendo santificado nuestro trabajo, y buscando ahí la felicidad escondida en las cosas de Dios. Nos conduciremos con la santa desvergüenza de los niños, y rechazaremos la vergüenza -la hipocresía- de los mayores, que se atemorizan de volver a su Padre, cuando han pasado por el fracaso de una caída.

»Termino con el saludo del Señor, que recoge hoy el Santo Evangelio: pax vobis! La paz sea con vosotros... Y llenáronse de gozo los discípulos a la vista del Señor, de ese Señor que nos acompaña al Padre[154]

* * *

Llegado al final de esta aproximación al estudio de la filiación divina en la enseñanza de Mons. Escrivá de Balaguer, me invade la certeza de no haber sabido expresar toda la riqueza teológica -dogmática, moral, ascética, mística- que contienen sus palabras. Sin embargo, esto mismo sirve para resaltar -como por contraste- la altura excepcional de la contemplación del Padre, y su vigorosísima aportación a la ciencia y a la vida teológicas.

Por otra parte, la lectura inmediata de los textos con que se han tejido estas páginas, pone por sí sola de relieve la importancia capital de la visión unitaria -y hecha vida en Mons. Escrivá de Balaguer- de la existencia cristiana enraizada en la filiación divina. Esta, efectivamente, nos ha sido mostrada por el Padre en toda su inefable hondura: como inmediata conexión del orden sobrenatural con la vida divina de la Santísima Trinidad; como identificación con Cristo; como raíz de la auténtica libertad; como fundamento efectivo de toda la vida cristiana, hasta en sus aspectos más ordinarios.

Esta radicalidad sobrenatural da su sentido más profundo a todos los otros grandes temas -santificación del trabajo profesional y de la vida familiar, social, etc.-, en los que la aportación teológica de Mons. Escrivá de Balaguer ha sido totalmente decisiva. Son también estas páginas un testimonio de agradecimiento filial, a quien no sólo ha sido maestro para la comprensión teológica de los más altos misterios, sino antes que nada Padre que ha marcado -yendo siempre delante- esa senda maestra que Dios nos ha dado: la consideración de nuestra filiación divina.

Unidad de vida y plenitud cristiana

Mons. Ignacio de Celaya

Introducción

En la homilía que Mons. Escrivá de Balaguer pronunció en el campus de la Universidad de Navarra el 8 de octubre de 1967, refiriéndose a un aspecto esencial de sus enseñanzas desde hacía casi cuarenta años recordaba: «Yo solía decir a aquellos universitarios y a aquellos obreros que venían junto a mí por los años treinta, que tenían que saber materializar la vida espiritual. Quería apartarlos así de la tentación, tan frecuente entonces y ahora, de llevar como una doble vida: la vida interior, la vida de relación con Dios, de una parte; y de otra, distinta y separada, la vida familiar, profesional y social, plena de pequeñas realidades terrenas»[155] Y, enseguida, dirigiéndose con gran fuerza a la multitud que le escuchaba, añadió: «Hay una única vida, hecha de carne y espíritu, y ésta es la que tiene que ser -en el alma y en el cuerpo- santa y llena de Dios: a ese Dios invisible, lo encontramos en las cosas más visibles y materiales»[156]

También en esto, sus palabras no procedían solo de una doctrina, sino, además, de una realidad constantemente vivida en primera persona. Su sucesor como Presidente General del Opus Dei, ha escrito, con la experiencia de quien lo ha presenciado muy de cerca: «Estoy convencido de que nuestro Padre había alcanzado de modo patente una perfecta unidad de vida en esta tierra»[157]

En estas páginas se glosan algunos aspectos de esta noción y de esta realidad -la unidad de vida- que Mons. Escrivá de Balaguer vivió y enseñó con extraordinaria altura y originalidad. Sólo se consideran los aspectos más fundamentales, pues, bajo la expresión «unidad de vida», podría tratarse de toda la existencia cristiana.

I

Los fundamentos de la unidad de vida

Además de la unidad entitativa del viviente, la vida posee siempre también cierta unidad dinámica, operativa, derivada de la conexión entre los principios inmediatos de operaciones y, sobre todo, de la finalidad última a la que se dirige ese operar, que necesariamente es única[158]

Sin embargo, la unidad admite grados; no es una realidad unívoca sino análoga, como análogo es el ser en el que se funda. La Bondad divina -una y simple, en identidad- es principio y causa de toda otra bondad: de la Vida infinita de Dios desciende causalmente, en modo tanto más unitario cuanto más alto grado de ser se recibe, toda la vida que hay en las criaturas.

En el hombre, la unidad no es una realidad acabada y necesaria. En el plano existencial del dinamismo humano, la unidad es una meta; la construcción de la unidad, una tarea, que se fundamenta, sobre todo, en el diseño de Dios sobre el hombre, en la gracia y la caridad con la libre correspondencia a esa gracia.

En las enseñanzas del Fundador del Opus Dei el cristiano corriente descubre con luces nuevas esa meta y esa tarea; a la vez, aprende a edificar en unidad su vida ordinaria sobre esos fundamentos, con naturalidad y sencillez.

1. El diseño divino

En los planes de Dios sobre el hombre, se incluía desde el principio una perfecta unidad de vida, edificada sobre la armonía de todas las fuerzas humanas, y sobre la gracia sobrenatural como principio de una vida superior que perfeccionaba y elevaba todo lo humano natural, y hacía posible que el hombre se dirigiese en todos sus actos al fin último sobrenatural.

Pero la peculiar condición -espiritual y material- de la naturaleza humana, constituía por sí misma, un riesgo, es más, una dificultad un obstáculo a la unidad y perfecta armonía de la vida humana. Por este motivo, comenta Santo Tomás, Dios concedió al hombre «el auxilio de la justicia original por cuya virtud, si la mente del hombre se sometía a Dios,

se le someterían totalmente las fuerzas inferiores de su cuerpo, de modo que nada le dificultara tender totalmente a El»[159] Tanto era el vigor de la primigenia armonía del hombre, que ni las pasiones podían desordenarse, ni el cuerpo separarse del alma y experimentar la corrupción.

Sin embargo, aun en aquella situación, la unidad era para el hombre una meta y una tarea, en razón de su libertad: «Dios hizo al hombre desde el principio y lo dejó en manos de su libre albedrío»[160] A la unidad entitativa de la persona y a la armonía -natural, preternatural y sobrenatural- de todos los principios operativos fundados en la naturaleza y en la gracia, el hombre debía añadir la unidad dinámica existencial, mediante la permanente elección libre del único verdadero fin último: la glorificación de Dios por el conocimiento y el amor.

Como último fin, el hombre o busca a Dios o se busca a sí mismo. Es la alternativa expresada en aquellas palabras de San Agustín: «Dos amores fundaron dos ciudades: el amor propio hasta el desprecio de Dios, la terrena; el amor de Dios hasta el desprecio de sí, la celestial. Aquella se gloria en sí misma, ésta en Dios»[161] No hay término medio, porque sólo puede proponerse como fin último algo absoluto: o el único absoluto-absoluto (Dios) o el único absoluto-relativo (cada hombre para sí mismo)[162]

El amor propio puede dar una aparente unidad a la existencia, en la medida en que todo se haga por ese amor. Pero ese fin subjetivo es incapaz de asumir toda la vida; baste pensar en aquello que contraría el amor propio -el dolor y la muerte, por ejemplo- que, en el mismo grado en que no puede integrarse hacia ese fin, impide la armonía interior de la persona. Además, el amor propio disgrega al hombre en diversas tendencias desordenadas e incoherentes hacia las realidades externas, que son incapaces de satisfacer las ansias ilimitadas de bondad que experimenta el corazón humano.

Por el contrario -como iremos viendo en páginas sucesivas-, sólo el amor a Dios es capaz de unificar la totalidad de la vida humana con sus múltiples y diversas manifestaciones[163]

Cuando Adán pecó, al rebelarse su voluntad contra la de Dios, se desencadenó a la vez una rebelión en sus fuerzas interiores; la armonía humana quedó profundamente herida[164]. Si, al principio, la unidad era tarea y meta para el hombre en razón de su libertad, después del pecado original -es decir, en la condición actual de la naturaleza caída- esta unidad se nos presenta como tarea también por un nuevo motivo: por la división y desarmonía dejadas en el hombre por el pecado original, aun después de

perdonado[165], que San Juan resume en la concupiscencia de la carne, en la concupiscencia de los ojos y en la soberbia de la vida[166]

Además, como otra fuente de discordancia interior, el mundo material se tornó hostil al hombre[167]. En adelante la reconstrucción de la unidad, de esa armonía interior humana, sería condición de la reordenación de la entera creación: «El mundo es bueno; fue el pecado de Adán el que rompió la divina armonía de lo creado, pero Dios Padre ha enviado a su Hijo unigénito para que restableciera esa paz. Para que nosotros, hechos hijos de adopción, pudiéramos liberar a la creación del desorden, reconciliar todas las cosas con Dios»[168]

2. La gracia y la caridad

Sólo la gracia -que nos ha ganado Jesucristo-, al sanar y elevar la naturaleza, restituye al hombre un principio de unidad capaz de hacer posible que todos los actos se encaminen al fin último sobrenatural. Para esto, junto con la gracia, el cristiano recibe las virtudes infusas, y particularmente la caridad, fuente próxima de los actos sobrenaturales que le unen efectivamente con Dios y forjan así la unidad de la existencia humana[169]

El amor sobrenatural, la caridad, no es sólo tendencia sino, de algún modo, posesión del fin sobrenatural, pues nos une con Dios.

La caridad impera la multiplicidad de sus actos con la superior armonía de su más alto fin: de ahí que «viviendo la caridad -el Amor- se viven todas las virtudes humanas y sobrenaturales del cristiano, que forman una unidad y que no se pueden reducir a enumeraciones exhaustivas. La caridad exige que se viva la justicia, la solidaridad, la responsabilidad familiar y social, la pobreza, la alegría, la castidad, la amistad...»[170]

A esta creciente unidad entre las potencias espirituales, que se deriva de la caridad, sigue el mayor dominio del alma sobre las fuerzas sensibles: la voluntad, bajo el imperio de la caridad, se enseorea cada vez más de todas las energías. Este dominio de la voluntad es manifestación de la nueva libertad -la libertad «qua Christus nos liberavit»[171]-que nos permite luchar eficazmente contra la triple concupiscencia y evitar la disgregación interior que la esclavitud a esas tendencias desordenadas comporta. Esta libertad, como la unidad, se funda, pues, en la caridad, en el amor sobrenatural: «El Amor de Dios marca el camino de la verdad, de la

justicia, del bien. Cuando nos decidimos a contestar al Señor: mi libertad para ti, nos encontramos liberados de todas las cadenas que nos habían atado a cosas sin importancia, a preocupaciones ridículas, a ambiciones mezquinas»[172] Esta íntima relación entre amor a Dios y libertad fue ya profundamente expresada por San Agustín: «Ama, y haz lo que quieras»[173]

La tensión a la unidad que la gracia lleva consigo, facilita que el alma domine el cuerpo, de modo que le sirva y no le impida ocuparse continuamente de Dios. Esta inclinación alcanza a los distintos actos concretos, por lo que el dominio sobre los sentidos se va haciendo habitual, y -como afirmó con frecuencia Mons. Escrivá de Balaguer- el hombre adquiere una «unidad de vida, sencilla y fuerte»[174] que le hace sentir «la necesidad y como el instinto sobrenatural de purificar todas las acciones, elevándolas al orden de la gracia, de santificarlas y de convertirlas en instrumento de apostolado»

3. Correspondencia a la gracia: lucha ascética

Pero la gracia sola no basta. Después de la restauración de la naturaleza humana, el hombre continúa siendo libre, y además esa restauración no es total. Para realizar la unidad de vida, es decir, para encaminar todos los actos al fin último sobrenatural, debe cooperar libremente con la gracia. Esta cooperación no se realiza sin esfuerzo personal, sin lucha contra las tendencias desordenadas que la naturaleza humana ha heredado con el pecado original. Por eso, Dios «nos pide lucha. Sufficit tibi gratia mea, te basta mi gracia, respondió Dios a San Pablo, que solicitaba ser liberado del aguijón que le humillaba. El poder de Dios se manifiesta en nuestra flaqueza, y nos impulsa a luchar, a combatir contra nuestros defectos»[175]

La lucha interior se encamina a reconquistar la unidad perdida, porque es combate contra la división engendrada por el pecado. Es una «lucha ascética, íntima, que cada cristiano debe sostener contra todo lo que, en su vida, no es de Dios: contra la soberbia, la sensualidad, el egoísmo, la superficialidad, la estrechez de corazón»[176] De ahí que, en este mundo, la armonía de nuestras facultades, la unidad de vida que se deriva de la gracia, está in fieri, como poder y fuerza para alcanzarla, y ha de actuar mediante la cooperación personal, quitando los obstáculos a la gracia de Dios, negando el propio egoísmo. Por eso, «la vida del cristiano es milicia, guerra, una

hermosísima guerra de paz, que en nada coincide con las empresas bélicas humanas, porque se inspiran en la división y muchas veces en los odios, y la guerra de los hijos de Dios contra el propio egoísmo, se basa en la unidad y en el amor»[177]

En consecuencia, puede decirse que la lucha interior es una tarea de construcción de la unidad de vida, secundando la obra de la gracia. Inicialmente se requiere una multiplicidad de prácticas ascéticas que parecen dispersas; pero esta aparente complejidad de composición y agregación -que en realidad es siempre unitaria respecto al fin- se resuelve en una unidad más alta. Al crecer en gracia, el alma pasa del empeño por añadir y sumar, a una unidad superior que abarca más, de modo que esos actos, que al principio parecían dispersos, van estando cada vez más explícitamente informados por la caridad hasta que llega un momento en que el alma no los experimenta como diversos: «Empezamos con oraciones vocales que muchos hemos repetido de niños (...). Primero una jaculatoria, y luego otra, y otra..., hasta que parece insuficiente ese fervor, porque las palabras resultan pobres...: y se deja paso a la intimidad divina, en un mirar a Dios sin descanso y sin cansancio. Vivimos entonces como cautivos, como prisioneros. Mientras realizamos con la mayor perfección posible, dentro de nuestras equivocaciones, las tareas propias de nuestra condición y de nuestro oficio, el alma ansía escaparse. Se va hacia Dios, como el hierro atraído por la fuerza del imán. Se comienza a amar a Jesús de forma más eficaz, con un dulce sobresalto»[178]

4. Rectitud de intención, presencia de Dios, sentido de la filiación divina

La lucha del cristiano por corresponder a la gracia en los más diversos campos de su actividad, se inicia por la decisión firme y operativa de identificar su voluntad con la de Dios. De esta identificación se sigue -análogamente a como el pecado provocó la disgregación- una creciente armonía de todas sus potencias, que acaban por encontrarse en la búsqueda incesante de Dios.

Así, la unidad de vida se va forjando mediante ese querer exclusivo del orden a Dios como Fin Último, en cada acción; esto es lo que hace buena a la voluntad, otorgando al hombre la rectitud de intención. Por eso, en la enseñanza de Mons. Escrivá de Balaguer, el núcleo de la lucha cristiana por la unidad de vida es sencillo y claro: buscar siempre y en todas las cosas solamente el amor y la gloria de Dios[179]

De ahí su insistencia: «¿Lo quieres, Señor?... Yo también lo quiero!»[180]; «Jesús, lo que tú “quieras”... yo lo amo»[181] El camino a la unidad se reconduce siempre a lo mismo: «Pureza de intención. -La tendrás siempre, si, siempre y en todo, sólo buscas agradar a Dios»[182] No es un proceso complicado, aunque requiere como condición considerar todas las cosas en la presencia de Dios: «Es cuestión de segundos... Piensa antes de comenzar cualquier negocio: ¿Qué quiere Dios de mi en este asunto?

»Y, con la gracia divina, hazlo!»[183]

El vivir en presencia de Dios se convierte así en el nervio de la unidad de vida[184] Se trata de una conciencia habitual de la presencia de Dios, que se deriva de la vida sobrenatural y que es, por tanto, una actitud filial, que lleva al trato constante con nuestro Padre Dios, desarrollando un hondo sentido de la filiación divina.

De este modo, desaparece el peligro de considerar la vida cristiana como un aspecto, por importante que fuese, de la vida del cristiano. La vida cristiana es, debe ser, toda la vida del cristiano, que por recibir su unidad del amor a Dios, es una vida en presencia de Dios; de un Dios que es nuestro Padre. Unidad de vida, plenitud de la caridad, presencia de Dios, sentido de la filiación divina: realidades que, en la enseñanza de Mons. Escrivá de Balaguer, se nos manifiestan en su más íntima conexión.

El panorama de la existencia diaria cobra así un relieve magnífico: «Con esta búsqueda del Señor, toda nuestra jornada se convierte en una sola íntima y confiada conversación (...). Procuremos, por tanto, no perder jamás el punto de mira sobrenatural, viendo detrás de cada acontecimiento a Dios: ante lo agradable y lo desagradable, ante el consuelo... y ante el desconsuelo por la muerte de un ser querido. Primero de todo, la charla con tu Padre Dios, buscando al Señor en el centro de nuestra alma. No es cosa que pueda considerarse como pequeñez, de poca monta: es manifestación clara de vida interior constante, de auténtico diálogo de amor. Una práctica que no nos producirá ninguna deformación psicológica, porque -para un cristiano- debe resultar tan natural como el latir del corazón»[185]

Búsqueda del Señor, sintiéndonos hijos de Dios, hablando y amando a Dios presente en el alma: «Descansad en la filiación divina. Dios es un Padre lleno de ternura, de infinito amor. Llámale Padre muchas veces al día, y dile -a solas, en tu corazón- que le quieres, que le adoras: que sientes el orgullo y la fuerza de ser hijo suyo. Supone un auténtico programa de vida interior»[186] Nada queda al margen de este programa,

precisamente porque ese encuentro con Dios es posible en toda circunstancia, en toda actividad: «Hijos míos -decía Mons. Escrivá de Balaguer en la homilía citada al principio de estas páginas-, allí donde están vuestros hermanos los hombres, allí donde están vuestras aspiraciones, vuestro trabajo, vuestros amores, allí está el sitio de vuestro encuentro cotidiano con Cristo. Es, es medio de las cosas más materiales de la tierra, donde debemos santificarnos, sirviendo a Dios y a todos los hombres»[187]

Por eso, «cualquier modo de evasión de las honestas realidades diarias -continuaba el Padre- es para vosotros, hombres y mujeres del mundo, cosa opuesta a la voluntad de Dios»[188] La vida cristiana, el trato con Dios, el recogimiento interior, no pueden plantearse como evasiones y ni siquiera como algo separado de la vida ordinaria. Si bien la unidad de vida es efecto o consecuencia de la gracia y de la lucha ascética, a la vez esa unidad «es una condición esencial, para los que intentan santificarse en medio de las circunstancias ordinarias de su trabajo, de sus relaciones familiares y sociales»[189] De ahí que la unidad de vida, en quienes el ajetreo de vivir en medio del mundo somete a múltiples tensiones y requerimientos, deba proponerse explícitamente como meta, como empeño, sin esperar a que llegue como simple consecuencia de la vida sobrenatural. En otras palabras, la vida sobrenatural produce unidad de vida, pero el empeño directo por la unidad es condición esencial del crecimiento en vida sobrenatural. No es el empeño por una unidad abstracta sino por la unidad concreta de meter a Dios en todo, de buscar en todo el amor de Dios.

II

Aspectos de la unidad de vida

Desde esta perspectiva unitaria de la vida cristiana, se descubre la posibilidad concreta de superar algunos dilemas que proceden de la descomposición de las fuerzas naturales por el pecado original y los pecados personales. Son las contraposiciones -natural-sobrenatural; contemplación-acción; santificación personal-empeño apostólico; doctrina-

vida; obediencia-libertad; etc.-, que nuestra naturaleza herida experimenta de alguna manera, pero que no pueden elevarse a la categoría de principios constitutivos, confundiendo la dignidad de la naturaleza con los síntomas de su parcial corrupción. En las enseñanzas de Mons. Escrivá de Balaguer, la superación de estos dilemas es una consecuencia -natural y necesaria- de la vida cristiana buscada en plenitud; y, por primera vez en la historia de la Iglesia, exigida al cristiano corriente, al hombre de la calle, no a pesar de su situación en el mundo, sino precisamente a través y mediante esa condición suya en las realidades temporales.

1. Ser muy humanos y muy divinos

Entre esas manifestaciones o aspectos de la unidad de la existencia humana, hay que señalar en primer lugar la unión de lo natural y lo sobrenatural, de la naturaleza y la gracia, que no es yuxtaposición, sino sanación y elevación de lo humano al orden sobrenatural. La enseñanza del Fundador del Opus Dei presenta constantemente una visión de encarnación -no de sustitución- de lo divino en lo humano: «Dios nos quiere muy humanos. Que la cabeza toque el cielo, pero que las plantas pisen bien seguras en la tierra. El precio de vivir en cristiano no es dejar de ser hombres o abdicar del esfuerzo por adquirir esas virtudes que algunos tienen, aun sin conocer a Cristo. El precio de cada cristiano es la Sangre redentora de Nuestro Señor, que nos quiere -insisto- muy humanos y muy divinos, con el empeño diario de imitarle a El, que es perfectus Deus, perfectus homo»[190]

Cristo es el modelo del cristiano también y expresamente en su unidad divino-humana sin confusión, pero sin separación. La imitación de quien es perfecto Hombre y perfecto Dios, otorga a la unidad de vida un carácter cristocéntrico: «Si, viviendo en Cristo, tenemos en El nuestro centro, descubrimos el sentido de la misión que se nos ha confiado, tenemos un ideal humano que se hace divino, nuevos horizontes de esperanza se abren ante nuestra vida, y llegamos a sacrificar gustosamente no ya tal o cual aspecto de nuestra actividad, sino la vida entera, dándole así, paradójicamente, su más hondo cumplimiento»[191]

La unión de lo humano y lo divino presenta, en la enseñanza de Mons. Escrivá de Balaguer, un aspecto interior muy concreto: la necesidad de las virtudes humanas como fundamento de las sobrenaturales; y viceversa: la ayuda -sanación- que lo sobrenatural representa para lo

humano natural. «Las virtudes humanas -insisto- son el fundamento de las sobrenaturales; y éstas proporcionan siempre un nuevo empuje para desenvolverse con hombría de bien. Pero, en cualquier caso, no basta el afán de poseer esas virtudes: es preciso aprender a practicarlas. Discite benefacere, aprended a hacer el bien. Hay que ejercitarse habitualmente en los actos correspondientes -hechos de sinceridad, de veracidad, de ecuanimidad, de serenidad, de paciencia-, porque obras son amores, y no cabe amar a Dios sólo de palabra, sino con obras y de verdad»[192]

Es indudable que «nadie se salva sin la gracia de Cristo»[193]; pero esta gracia es elevación de lo humano, y, por tanto, el empeño por crecer en virtud natural es presupuesto para el crecimiento sobrenatural, que es siempre don de Dios. Bajo la información de la caridad, ejercitando las virtudes humanas se ama a Dios con obras y de verdad. Así, ninguna dimensión auténticamente humana de la persona es ajena a su plenitud cristiana; no se trata de practicar unas cuantas virtudes; «es preciso luchar por adquirirlas y practicarlas todas. Cada una se entrelaza con las demás, y así, el esfuerzo por ser sinceros, nos hace justos, alegres, prudentes, serenos»[194]

Pero hay dos cualidades humanas que, en sí mismas, hacen particular referencia a la unidad de vida, porque en cierto modo refuerzan el sustrato natural de esa unidad: «La naturalidad y la sencillez son dos maravillosas virtudes humanas, que hacen al hombre capaz de recibir el mensaje de Cristo. Y, al contrario, todo lo enmarañado, lo complicado, las vueltas y revueltas en torno a uno mismo, contruyen un muro que impide con frecuencia oír la voz del Señor»[195] Y oír la voz del Señor -es decir, reconocer su presencia constante y descubrir cuál es su Voluntad- es condición necesaria para tratar y amar a Dios en todo momento; condición necesaria, por tanto, para la unidad existencial de la vida cristiana.

Bajo esta luz y, sobre todo, desde esta experiencia vivida, no existe el riesgo de caer en dos extremos equivocados: «Cierta mentalidad laicista y otras maneras de pensar que podríamos llamar pietistas, coinciden en no considerar al cristiano como hombre entero y pleno. Para los primeros, las exigencias del Evangelio sofocarían las cualidades humanas; para los otros, la naturaleza caída pondría en peligro la pureza de la fe. El resultado es el mismo: desconocer la hondura de la Encarnación de Cristo, ignorar que el Verbo se hizo carne, hombre, y habitó en medido de nosotros»[196]

2. Santificación de la vida ordinaria

Al ser «muy humanos y muy divinos», como expresión de la unidad interior de lo natural y lo sobrenatural, se corresponde externamente otro aspecto capital en la enseñanza y en la vida del Fundador del Opus Dei, al que ya desde el inicio de estas páginas se ha hecho necesariamente referencia: la santificación de todas las actividades humanas; el encuentro con Dios, el amor a Dios, en todas y cada una de las acciones, por intrascendentes que parezcan: «No hay otro camino, hijos míos: o sabemos encontrar en nuestra vida ordinaria al Señor, o no lo encontraremos nunca»[197]

En la vida humana -toda ella ámbito y materia de santificación- el trabajo ocupa un lugar de especial relieve. «El trabajo nace del amor, manifiesta el amor, se ordena al amor. Reconocemos a Dios no sólo en el espectáculo de la naturaleza, sino también en la experiencia de nuestra propia labor, de nuestro esfuerzo. El trabajo es así oración, acción de gracias, porque nos sabemos colocados por Dios en la tierra, amados por El, herederos de sus promesas. Es justo que se nos diga: ora comáis, ora bebáis, o hagáis cualquier cosa, hacedlo todo a gloria de Dios»[198]

No nos detenemos en este punto, ya ampliamente estudiado[199]. Pero señalemos, con palabras de Don Alvaro del Portillo, que «en el mensaje espiritual de Mons. Escrivá de Balaguer, el trabajo humano -esa noble actividad que el materialismo trata de convertir en barro que ciega a los hombres y les impide mirar al Cielo- se ha hecho colirio, para mirar a Dios, para hablar y amar al Señor, en todas las circunstancias de la vida, en todas las cosas»[200] Este en todas las cosas no se refiere sólo a la posibilidad de encontrar a Dios en cualquier circunstancia y actividad, sino también a la capacidad que la caridad confiere a la persona de integrar en unidad hasta las cosas más pequeñas, de descubrir en concreto que «la santidad grande, que Dios nos reclama, se encierra aquí y ahora, en las cosas pequeñas de cada jornada»[201]

Como es el amor a Dios el que unifica hasta lo en apariencia más irrelevante, resulta que -como enseñó incansablemente el Fundador del Opus Dei- en realidad nada es pequeño; todo es grande porque participa íntimamente de la grandeza humano-divina de la totalidad de la vida sobrenatural: «Hacedlo todo por Amor. -Así no hay cosas pequeñas: todo es grande. -La perseverancia en las cosas pequeñas, por Amor, es heroísmo»[202]

3. Contemplación y acción

«Desde el cultivo de los saberes más abstractos hasta las habilidades artesanas, todo puede y debe conducir a Dios. Porque no hay tarea humana que no sea santificable, motivo para la propia santificación y ocasión para colaborar con Dios en la santificación de los que nos rodean (...). Trabajar así es oración. Estudiar así es oración. Investigar así es oración. No salimos nunca de lo mismo: todo es oración, todo puede y debe llevarnos a Dios, alimentar ese trato continuo con El, de la mañana a la noche. Todo trabajo honrado puede ser oración; y todo trabajo que es oración, es apostolado. De este modo el alma se enreca en una unidad de vida sencilla y fuerte»[203]

Contemplación y acción, enseña Mons. Escrivá de Balaguer, no se contraponen sino que se requieren mutuamente. La energía para una actividad incansable nace de la profundidad de la oración: «“María escogió la mejor parte”, se lee en el santo evangelio. (...) En aparente inactividad, ora y ama. -Después, acompaña a Jesús en sus predicaciones por ciudades y aldeas.

»Sin oración, ¡qué difícil es acompañarle!»[204]

Para que la vida contemplativa no resulte impedida o dificultada por una actividad desbordante, es necesario que en esa actividad esté operante el principio unificador de la dinámica personal cristiana, que es el Amor, la caridad sobrenatural, que lleva al trato con Dios en todo momento, a la contemplación. La unidad de vida, en su superación de la disyuntiva entre acción y contemplación, conduce a que los cristianos sean -en frase mil veces repetida por el Padre- «almas contemplativas, en medio de la calle, del trabajo, con una conversación continua con nuestro Dios, que no debe decaer a lo largo del día. Si pretendemos seguir lealmente los pasos del Maestro, ése es el único camino»[205]

La exigencia de seguir este camino, de superar la dicotomía entre contemplación y acción, se presenta de nuevo como un «seguir los pasos del Maestro»; es decir, como exigencia de la encarnación, como dimensión cristocéntrica del vivir cristiano que, también en esto, se concreta en la imitación más perfecta posible de Aquel -Cristo- que en esta tierra unió en su Humanidad el ser comprensor y viator[206]

4. Santidad personal y apostolado

La superación, no sólo teórica sino también práctica, de la posible contraposición entre ocuparse del propio perfeccionamiento y dedicarse al servicio de los demás -al apostolado-, surge de nuevo de la visión hondamente cristiana de todas las cosas de una visión que parte del misterio de Cristo. «No es posible separar en Cristo su ser de Dios-Hombre y su función de Redentor. El Verbo se hizo carne y vino a la tierra ut omnes homines salvi fiant, para salvar a todos los hombres. Con nuestras miserias y limitaciones personales, somos otros Cristos, el mismo Cristo, llamados también a servir a todos los hombres»[207] No es posible, pues, tampoco en nosotros, separar nuestro ser de hombres divinizados (santificación) de la función de corredención (apostolado).

Por esto, «el apostolado, cualquiera que sea, es una sobreabundancia de la vida interior»[208] Esta necesaria unidad entre santificación personal y apostolado es exigencia de la caridad, que es constitutivamente una única virtud, que hace posible el amor sobrenatural a Dios y a los hombres por Dios[209] La acción apostólica es así auténtica manifestación de amor humano (cariño) elevado al orden sobrenatural por la caridad infusa. «Para que se os metiera bien en la cabeza esta verdad -decía el Padre en una homilía-, de una forma gráfica, he predicado en millares de ocasiones que nosotros no poseemos un corazón para amar a Dios, y otro para querer a las criaturas: este pobre corazón nuestro, de carne, quiere con un cariño humano que, si está unido al amor de Cristo, es también sobrenatural»[210]

Si la propia santificación y el apostolado son inseparables, como la santificación es tarea constante, en todo momento y en toda actividad, resulta que todo en la vida cristiana es también apostolado. No es éste una actividad cristiana entre otras, sino una dimensión de la entera existencia del cristiano consecuente con su vocación. «El apostolado, esa ansia que come las entrañas del cristiano corriente, no es algo diverso de la tarea de todos los días: se confunde con ese mismo trabajo, convertido en ocasión de un encuentro personal con Cristo. En esa labor, al esforzarnos codo con codo en los mismos afanes con nuestros compañeros, con nuestros amigos, con nuestros parientes, podremos ayudarles a llegar a Cristo»[211]

5. Doctrina y vida

La exigencia de unir doctrina y vida se refiere, en primer lugar, a la coherencia entre lo que se cree y lo que se hace; entre la fe y las obras. En último término, es la unidad in fieri entre la fe y la caridad, entre el conocimiento de Dios y el amor a Dios, porque «la fe no es para predicarla, sino especialmente para practicarla»[212] Practicar la fe, porque la fe sin obras está muerta[213]; pero estas obras de la fe -que son las de la caridad, ya que la fe obra por la caridad[214]- han de ser todas las obras, y no sólo las que se refieren directamente a la vida interior; la operatividad de la doctrina cristiana, poseída mediante la fe, se extiende a todos los niveles de actuación: familiar, profesional, social, etc. Como afirmaba el Fundador del Opus Dei en 1945: «Se ha puesto de relieve muchas veces el peligro de las obras sin vida interior que las anime, pero se debería también subrayar el peligro de una vida interior -si es que puede existir- sin obras» Este riesgo es precisamente el de la incoherencia -carencia de unidad- entre una teoría cristiana, de un lado, y, de otro, una actuación externa que se pretende independiente. En la práctica, esta incongruencia entre doctrina y vida puede manifestarse en modos muy diversos, expresivos de la falta de unidad de vida. Entre ellos, destaca la creación de ámbitos de neutralidad en los que el ser cristiano se considera como carente de relevancia: «Aconfesionalismo. Neutralidad. -Viejos mitos que intentan siempre remozarse.

»¿Te has molestado en meditar lo absurdo que es dejar de ser católico, al entrar en la universidad o en la Asociación profesional o en la Asamblea sabia o en el Parlamento, como quien deja el sombrero en la puerta?»[215]

Pero como la unidad no es confusión -no es negación de distinción sino de separación-, informar con la doctrina cristiana todas las actuaciones no significa negar la legítima autonomía de lo temporal, ni pretender que la fe determine una única «solución católica» a los problemas sociales, políticos, etc. En esto, la unidad de vida a lo que lleva es precisamente a unir la propia libertad con la propia responsabilidad[216]

La coherencia entre doctrina y vida exige, como base previa, adquirir esa doctrina: formarse. «El cristiano sabe que, si quiere ser coherente con su fe, tiene obligación grave de formarse bien en ese terreno, que ha de poseer -por tanto- una cultura religiosa: doctrina, para poder vivir de ella y para poder ser testimonio de Cristo con el ejemplo y con la palabra»[217]

Y de ahí se sigue un nuevo aspecto: se mejora a la vez en fe y en buenas obras, con perfecta armonía entre doctrina y vida; la vida cristiana es

un saber creciente en la teoría y en la práctica[218]. Con otras palabras, la unidad de vida conduce al empeño por una constante formación, que no es sólo ni principalmente una indefinida acumulación de conocimientos, sino una creciente asimilación -formación, no simple información-, en armonía con el crecimiento de la caridad.

La unidad de vida exige y conduce a una formación que abarca toda la persona. De ahí que Mons. Escrivá de Balaguer insistiese a sus hijos en el Opus Dei en la necesidad de una sólida formación espiritual, doctrinal-religiosa, profesional, humana y apostólica. Aspectos que no son compartimentos estancos, sino que se dirigen todos ellos a cultivar el alma en el aprendizaje del amor a Dios, a hacer personas de criterio[219], que saben en qué consiste la Voluntad de Dios y están dispuestas a cumplirla en cada momento.

6. Libertad y obediencia

«Soy muy amigo de la libertad, y precisamente por eso quiero tanto esa virtud cristiana»[220], dice Mons. Escrivá de Balaguer refiriéndose a la obediencia. Es algo que le resulta patente, porque enfoca desde su raíz el tema, llevándolo hasta la Voluntad de Dios. Se descubre entonces que libertad y obediencia no se contraponen, sino que la obediencia a Dios es fundamento de la verdadera libertad y, a la vez, que sólo quien es libre es capaz de obedecer: «Debemos sentirnos hijos de Dios y vivir con la ilusión de cumplir la voluntad de nuestro Padre. Realizar las cosas según el querer de Dios, porque nos da la gana, que es la razón más sobrenatural»[221] Así afirma la íntima unión entre el amor a la libertad y a la obediencia, rechazando la falsa libertad de la desobediencia[222].

Libertad y entrega obediente a Dios no se contraponen, porque la libertad es poder de amar y la Voluntad de Dios sólo se puede cumplir en plenitud amando. Además, el amor al Bien infinito engendra señorío sobre la parcialidad de los bienes creados. Por el contrario, cuando la libertad renuncia a dirigirse al amor de Dios, pierde en gran parte su dominio sobre las criaturas, esclavizándose a ellas y a quienes las manejan. «El que no escoge -¡con plena libertad!- una norma de recta conducta, tarde o temprano se verá manejado por otros, vivirá en la indolencia -como un parásito-, sujeto a lo que determinan los demás. Se prestará a ser zarandeado por cualquier viento, y otros resolverán siempre por él (...) Donde no hay amor

de Dios, se produce un vacío de individual y responsable ejercicio de la propia libertad: allí -no obstante las apariencias- todo es coacción»[223]

Como ha escrito Cornelio Fabro, «hombre nuevo para los tiempos nuevos, Josemaaría Escrivá de Balaguer ha aferrado por intuición, pero también por luz sobrenatural, la noción originaria de la libertad cristiana. Inmerso en el anuncio evangélico de la “libertad” como “liberación” de la esclavitud del pecado, confía en el creyente en Cristo y -después de siglos de espiritualidades cristianas que se apoyaban en la prioridad de la obediencia- invierte la situación y hace de la obediencia una actitud de libertad, como un fruto de su flor o, más profundamente, de su raíz»[224]

7. Alegría en el sufrimiento

Entre los aspectos humanamente más paradójicos de la unidad de vida, se encuentra el de la alegría en el dolor y en el sufrimiento, que es, a la vez, manifestación de que esa unidad ha alcanzado una cierta plenitud ya en esta tierra. Quienes hemos tenido la dicha de conocer y tratar al Fundador del Opus Dei, somos testigos de la profunda verdad vivida que traslucen estas palabras suyas: «El camino de nuestra santificación personal pasa, cotidianamente, por la Cruz: no es desgraciado ese camino, porque Cristo mismo nos ayuda y con El no cabe la tristeza. In laetitia nulla dies sine cruce!, me gusta repetir; con el alma traspasada de alegría, ningún día sin Cruz»[225]

Alegría y paz no a pesar del dolor y del sufrimiento, sino en el dolor y en el sufrimiento. Esto sólo es posible por la fuerza de la caridad, que capacita para amar en todo la Voluntad divina, y hace que el cristiano pueda decir con San Pablo: «No soy yo el que vivo, sino que Cristo vive en mí»[226] «La aceptación rendida de la Voluntad de Dios trae necesariamente el gozo y la paz: la felicidad en la Cruz. -Entonces se ve que el yugo de Cristo es suave y que su carga no es pesada»[227]

La felicidad en la Cruz es una realidad en la medida en que el amor a Dios crece hasta alcanzar como objeto suyo al mismo sufrimiento, en cuanto medio de unión penitente con la Pasión de Cristo. «Cuando no nos limitamos a tolerar y, en cambio, amamos la contradicción, el dolor físico o moral, y lo ofrecemos a Dios en desagravio por nuestros pecados personales y por los pecados de todos los hombres, entonces os aseguro que esa pena no apesadumbra.

»No se lleva ya una cruz cualquiera, se descubre la Cruz de Cristo, con el consuelo de que se encarga el Redentor de soportar el peso»[228]

En cambio, el sufrimiento abre espacios a la tristeza, cuando en la vida existen fallas de unidad. Pero, entonces, esa misma tristeza puede y debe servir como llamada a recomponer la unidad fundada en la unión con Dios: «¿No hay alegría? -Piensa: Hay un obstáculo entre Dios y yo. -Casi siempre acertarás»[229]

En fin, la alegría en la Cruz lleva a que el dolor no encoja el ánimo, no encierre a la persona en sí misma. Por ser expresión de unidad de vida, no puede menos de dar alas al amor que se expande en una entrega incesante al servicio de los demás. «También con penas e incluso con calumnias, seremos felices con una felicidad que nos impulsará a amar a los demás para hacerles participar de nuestra alegría sobrenatural»[230]

Conclusión

Identificación con Cristo

Después de este breve recorrido por las enseñanzas del Fundador del Opus Dei acerca de la unidad de vida, resulta patente que podrían desarrollarse mucho más los diversos aspectos que en estas páginas, han sido apuntados. Además, se podrían haber considerado otros; por ejemplo: la unidad entre magnanimidad y humildad, entre pobreza y magnificencia, entre fortaleza y caridad, entre infancia espiritual y madurez humana, etc. Como ya se anotaba al inicio, la unidad de vida afecta, por definición, a todos los aspectos de la existencia cristiana.

Para terminar, parece oportuno considerar de nuevo la esencia cristocéntrica de la unidad de vida en todas sus manifestaciones. La plenitud cristiana es plenitud de la caridad[231], y ésta confiere una plena unidad a la vida natural y sobrenatural del cristiano, que llega a ser efectivamente una, precisamente porque «Cristo vive en el cristiano (...) La vida de Cristo es

vida nuestra (...)»[232] Esta identificación con Cristo -Hijo Unigénito del Padre y Primogénito entre muchos hermanos[233]- es obra de Dios en nosotros: «La efusión del Espíritu Santo, al cristificarnos, nos lleva a que nos reconozcamos hijos de Dios. El Paráclito, que es caridad, nos enseña a fundir con esa virtud toda nuestra vida; y consummati in unum, hechos una sola cosa con Cristo, podemos ser entre los hombres lo que San Agustín afirma de la Eucaristía: signo de unidad, vínculo del Amor»[234]

Por eso, la lucha interior por identificarnos con Jesús consiste en ir «dejando que su vida se manifieste en nosotros, de manera que pueda decirse que cada cristiano es no ya alter Christus, sino ipse Christus, ¡el mismo Cristo!»[235] La unidad de vida nos manifiesta así como imitación o, mejor, participación en la suprema unidad de lo divino y lo humano realizada en la Encarnación del Hijo de Dios, en Cristo, en Quien se cumple la perfecta y definitiva Alianza entre Dios y el hombre, entre el Cielo y la tierra[236]

La Santa Cruz ocupa un lugar central en la obra de la Redención y, en consecuencia, en la identificación de cada uno con Cristo. «Cuando luchamos por ser verdaderamente ipse Christus, entonces en la propia vida se entrelaza lo humano con lo divino. Todos nuestros esfuerzos -aun los más insignificantes- adquieren un alcance eterno, porque van unidos al sacrificio de Jesús en la Cruz»[237] y por la identidad sustancial del Sacrificio del Calvario con el Sacrificio de la Eucaristía, «el Fundador del Opus Dei considera la Santa Misa el centro y la raíz de la vida cristiana. No es un hecho que pasa, sino realidad sobrenatural y perenne, que empapa todos los momentos del día»[238] La Misa es raíz necesariamente, en cuanto en ella se renueva el Sacrificio de la Redención y se contiene todo el bien de la Iglesia[239]; pero además, debe ser centro alrededor del cual gira -como polo de atracción y de donación de sentido- cada instante de la existencia. Esta es una tarea ascética concreta: hacer -decía el Padre en 1965-«que nuestra vida sea una continuación de la última misa, y una preparación para la siguiente» De esta forma, se llega a alcanzar una unidad de vida consistente en la que la entera existencia del cristiano sea, en cierto modo, una Misa: se trata de conseguir como decía Mons. Escrivá de Balaguer en 1945, que la «vida entera se convierta en una continua alabanza a Dios: oración y reparación constantes, petición y sacrificio por todos los hombres. Y todo esto, en íntima y asidua unión con Cristo Jesús, en el Santo Sacrificio del Altar»

Es voluntad de Dios que su Madre, María Santísima, sea Mediadora de nuestra identificación con Jesús, de modo que quien es Madre de Cristo según la naturaleza humana, sea también Madre -según la gracia-

de todos los hombres, llamados a ser ipse Christus[240] Ella, en efecto, «cooperó con su caridad para que nacieran en la Iglesia los fieles, miembros de aquella Cabeza, de la que es efectivamente Madre según el cuerpo»[241] Por tanto, el trato, la devoción, el amor a la Santísima Virgen no sólo no es algo yuxtapuesto a la esencia cristocéntrica de la vida sobrenatural; no sólo no rompe ni dificulta la unidad de vida centrada en el amor a Dios en Cristo, sino que la fortalece. Como recomendó de mil formas Mons. Escrivá de Balaguer, con su palabra y con su ejemplo, si buscáis a María, encontraréis a Jesús[242]

[1] ALVARO DEL PORTILLO, Presentación a "Es Cristo que pasa". Salvo los textos de la Sagrada Escritura, todas las citas en que no se mencione al autor son del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer.

[2] En relación a esa "soberbia", se lee en otro texto: "Descansa en la filiación divina. Dios es un Padre -¡tu Padre!- lleno de ternura, de infinito amor.

-Llámale Padre muchas veces, y dile -a solas- que le quieres, ¡que le quieres muchísimo!: que sientes el orgullo y la fuerza de ser hijo suyo" (Forja, n. 331).

[3] Amigos de Dios, n. 143. Históricamente quiso Dios configurar esta realidad paterna de su amor en el alma del Beato Josemaría en un momento bien preciso. En el otoño de octubre de 1931, cuando del Opus Dei apenas tenía tres años de existencia. Escuetamente lo narra en unos apuntes de septiembre de aquella época. "Estuve considerando -escribe el 22 de septiembre de aquel año- las bondades de Dios conmigo y, lleno de gozo interior, hubiera gritado por la calle, para que todo el mundo se enterara de mi agradecimiento filial: ¡Padre, Padre! Y -si no gritando- por lo bajo, anduve llamándole así (¡Padre!) muchas veces, seguro de agradarle" (Apuntes íntimos, n. 296). Pocos días después, el 17 de octubre, ese sentimiento se agudizó y afianzó, tomando una precisión que rememoraría luego infinidad de veces. La Iglesia ha reconocido esta luz nueva, providencia particular de Dios para el Beato Josemaría, por boca del Santo Padre Juan Pablo II: "La vida espiritual y apostólica del nuevo beato estuvo fundamentada en saberse, por la fe, hijo de Dios en Cristo " (Homilía en la Misa de beatificación de Josemaría Escrivá de Balaguer, 17-V-1992).

[4] ALVARO DEL PORTILLO, Presentación a «Es Cristo que pasa». También recientemente, como Prelado del Opus Dei, ha dicho: «El sentido

de nuestra filiación divina en Cristo, que informó toda la vida y la predicación del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer, suscitaba en su alma un ardiente deseo de contemplar a Dios. (...) Pocas semanas antes de que el Señor lo llamase a gozar definitivamente de su presencia, nos decía: hemos de estar (...) en el Cielo y en la tierra, siempre. No «entre» el cielo y la tierra, porque somos del mundo. En el mundo y en el Paraíso a la vez (...), endiosados, pero sabiendo que somos del mundo. Por este camino de contemplación vivida en el ámbito de las ocupaciones terrenas, el Espíritu Santo condujo al Beato Josemaría hasta las más altas cumbres de la vida mística, a la unión con la Trinidad divina» (Homilía en la Misa del Beato Josemaría, el 18-V-1992 en la Plaza de San Pedro).

[5] Es Cristo que pasa, n. 65.

[6] ALVARO DEL PORTILLO, «Mons. Escrivá de Balaguer, instrumento de Dios». Mons. Alvaro del Portillo dirá también: «La santidad alcanzada por el Beato Josemaría no presenta un ideal imposible; es un ejemplo que no se propone sólo a algunas almas elegidas, sino a innumerables cristianos, llamados por Dios a santificarse en el mundo: en el ámbito del trabajo profesional de la vida familiar y social. Es un ejemplo clarificador que muestra cómo las ocupaciones cotidianas no son un obstáculo para el desarrollo de la vida espiritual, sino que pueden y deben transformarse en oración; él mismo anota por escrito en sus apuntes personales, con cierta sorpresa, que vibraba de Amor a Dios precisamente por la calle, entre el ruido de automóviles, de los medios públicos, de la gente; incluso leyendo el periódico» (Homilía en la Misa en honor del Beato Josemaría, 18-V-1992).

[7] Texto de la oración para la devoción al Beato Josemaría Escrivá de Balaguer.

[8] Citado en A. del Portillo, Una vida para Dios. Por eso, el Beato Josemaría afirmaba con gran claridad también: «-Ser santo no es fácil, pero tampoco es difícil. Ser santo es ser buen cristiano: parecerse a Cristo. -El que más se parece a Cristo, ése es más cristiano, más de Cristo, más santo» (Forja, n. 10)

[9] Es Cristo que pasa, n. 64.

[10] Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer, n. 22.

[11] Es Cristo que pasa, n. 64.

[12] Eph 2,19.

[13] Es Cristo que pasa, n. 133. «No lo olvidéis -decía en otra ocasión-: el que no se sabe hijo de Dios, desconoce su verdad más íntima, y carece en su actuación del dominio y del señorío propios de los que aman al Señor sobre todas las cosas» (Amigos de Dios, n. 26). «Esa divinización nuestra no significa que dejemos de ser humanos... Hombres, sí, pero con horror al pecado grave. Hombres que abominan de las faltas veniales, y que, si experimentan cada día su flaqueza, saben también de la fortaleza de Dios» (Vía Crucis, VI,3).

[14] Es Cristo que pasa, n. 65.

[15] Cfr. Ibidem, n. 64.

[16] 2 Pet 1,4.

[17] Es Cristo que pasa, n. 21.

[18] Cfr. Es Cristo que pasa, n. 48.

[19] Ibidem, n. 103. Cfr. Amigos de Dios, n. 98. En Forja, leemos también: «Admira esta paradoja amable de la condición del cristiano: nuestra propia miseria es la que nos lleva a refugiarnos en Dios, a "endiosarnos", y con El lo podemos todo» (n. 212).

[20] Es Cristo que pasa, n. 133.

[21] Ibidem, n. 160.

[22] Conversaciones, n. 67

[23] Amigos de Dios, n. 252

[24] Carta, 19-III-1967, n. 93

[25] Es Cristo que pasa, n. 66

[26] 2 Cor 5,7

[27] Act 17,28

[28] Rom 8,29. Un amplio estudio teológico sobre estos puntos puede verse en F. Ocariz, Hijos de Dios en Cristo. Introducción a una teología de la participación sobrenatural, Pamplona, 1972.

[29] Es Cristo que pasa, n. 91.

[30] Ibidem, n. 185

[31] Ibidem, n. 91. «El gran secreto de la santidad se reduce a parecerse más y más a El, que es el único y amable Modelo» (Forja, n. 752)

[32] Es Cristo que pasa, n. 96. Cfr. Conversaciones, n. 58; Sacerdote para la eternidad (Homilía pronunciada el 13-IV-1973), Madrid 1973, p. 10.

«Señor, que yo me decida a arrancar, mediante la penitencia, la triste careta que me he forjado con mis miserias... Entonces, sólo entonces, por el camino de la contemplación y de la expiación, mi vida irá copiando fielmente los rasgos de tu vida. Nos iremos pareciendo más y más a Ti.

Seremos otros Cristos, el mismo Cristo, ipse Christus» (Vía Crucis, VI).

Esta gozosa realidad de nuestra filiación divina en Cristo se expresa en estas palabras: «Dale muchas gracias a Jesús porque por El, con El y en El, tú te puedes llamar hijo de Dios»(Forja, n. 265).

[33] Amigos de Dios, n. 299

[34] Es Cristo que pasa, n. 103

[35] Ibidem, n. 128

[36] Ibidem, n. 155

[37] Ibidem, n. 87. «Cuando luchamos por ser verdaderamente "ipse Christus", el mismo Cristo, entonces en la propia vida se entremezcla lo humano con lo divino. Todos nuestros esfuerzos -aun los más insignificantes- adquieren un alcance eterno, porque van unidos al sacrificio de Jesús en la Cruz» (Vía Crucis, X, 4).

[38] Es Cristo que pasa, n. 149.

[39] Amigos de Dios, n. 300.

[40] Gal 3, 26.

[41] Rom 5, 5.

[42] Es Cristo que pasa, n. 87.

[43] Ibidem, n. 118. El Beato Josemaría recomienda, como fruto del trato con la Humanidad Santísima del Señor con la Virgen Santísima, acudir asiduamente al Paráclito para ahondar en la vida de infancia espiritual: «No te limites al hablar al Paráclito, ¡oyele!

En tu oración, considera que la vida de infancia, al hacerte descubrir con hondura que eres hijo de Dios, te llenó de amor filial al Padre; piensa que antes has ido por María a Jesús, a quien adoras como amigo, como hermano, como amante suyo que eres...

Después, al recibir este consejo, has comprendido que, hasta ahora, sabías que el Espíritu Santo habitaba en tu alma, para santificarla..., pero no habías "comprendido" esa verdad de su presencia. Ha sido precisa esa sugerencia: ahora sientes el Amor dentro de ti; y quieres tratarle, ser su amigo, su confidente..., facilitarle el trabajo de pulir, de arrancar, de encender...

¡No sabré hacerlo! pensabas. -Oye, te insisto. El te dará fuerzas, El lo hará todo, si tú quieres..., ¡que sí quieres!

-Rézale: Divino Huésped, Maestro, Luz, Guía, Amor: que sepa agasajarte, y escuchar tus lecciones, y encenderme, y seguirte y amarte» (Forja, n. 430)

[44] Cfr. Amigos de Dios, n. 92.

[45] Amigos de Dios, n. 130.

[46] Ibidem, n. 86.

[47] Ibidem, n. 85.

[48] Cfr. SANTO TOMAS DE AQUINO, Summa Theologiae, I, q.43.

[49] Amigos de Dios, n. 228.

[50] Es Cristo que pasa, n. 116. Cfr. El fin sobrenatural de la Iglesia (Homilía pronunciada el 28-V-1972), Madrid 1973, p. 24.

[51] Eph 2,9.

[52] Cfr. Es Cristo que pasa, n. 165; Amigos de Dios, n. 265.

[53] Es Cristo que pasa, n. 169.

[54] Santo Rosario, Madrid 1990, p. 140.

[55] Es Cristo que pasa, n. 11.

[56] Ibidem, n. 171.

[57] Ibidem, n. 141.

[58] Amigos de Dios, n. 293.

[59] Es Cristo que pasa, n. 56.

[60] Ibidem, n. 39. Cfr. Camino, n. 559.

[61] Amigos de Dios, n. 255

[62] El fin sobrenatural de la Iglesia, p. 20.

[63] Lealtad a la Iglesia (Homilía pronunciada el 4-VI-1972), p. 29.

[64] Ibidem, p. 33

[65] Cfr. Ibidem, p. 35

[66] Es Cristo que pasa, n. 38

[67] Amigos de Dios, n. 233

[68] Ibidem, n. 224

[69] Es Cristo que pasa, n. 36

[70] Camino, n. 948

[71] Amigos de Dios, n. 76

[72] Es Cristo que pasa, n. 157

[73] Ibidem, n. 106

[74] Eph 3,15-16

[75] 1 Cor 4, 15

[76] Gen 5, 4 ss.

[77] Camino, n. 955

[78] Es Cristo que pasa, n. 157

[79] Es Cristo que pasa, n. 60

[80] Conversaciones, n. 102. «Con tu vida de piedad, aprenderás a practicar las virtudes propias de tu condición de hijo de Dios, de Cristiano. - Y junto a estas virtudes, adquirirás toda esa gama de valores espirituales, que parecen pequeños y son grandes; piedras preciosas que brillan, que hemos de recoger por el camino, para llevarlas a los pies del trono de Dios, en servicio de los hombres: la sencillez, la alegría, la lealtad, la paz, las menudas renunciaciones, los servicios que pasan inadvertidos, el fiel cumplimiento del deber, la amabilidad...» (Forja, n. 86)

[81] Amigos de Dios, n. 146

[82] Cfr. Camino, n. 267

[83] Es Cristo que pasa, n. 11

[84] Ibidem, n. 113

[85] Ibidem, n. 129

[86] Amigos de Dios, n. 26

[87] Ibidem, n. 27

[88] Ibidem, n. 38. «El error no sólo oscurece la inteligencia, sino que divide las voluntades.

-En cambio, veritas liberavit vos -la verdad os librará de las banderías que agostan la caridad» (Forja, n. 842).

[89] Amigos de Dios, n. 35

[90] Ibidem, n. 38. «¡Comprometido! ¡Cómo me gusta esta palabra! - Los hijos de Dios nos obligamos -libremente- a vivir dedicados al Señor, con el empeño de que El domine, de modo soberano y completo, en nuestras vidas» (Forja, n. 855)

[91] Es Cristo que pasa, n. 173

[92] Ibidem, n. 20

[93] Gal 2,20

[94] Gen 2, 15: cfr. Amigos de Dios, n. 81. «El trabajo es la vocación inicial del hombre, es una bendición de Dios, y se equivocan lamentablemente quienes lo consideran un castigo.

El Señor, el mejor de los padres, colocó al primer hombre en el Paraíso, ut operaretur -para que trabajara» (Surco, n. 482).

[95] Es Cristo que pasa, n. 45.

[96] Ibidem, n. 138.

[97] 1 Cor 3, 22-23.

[98] Camino, n. 669.

[99] Amigos de Dios, n. 297

[100] Es Cristo que pasa, n. 17

[101] Camino, n. 440

[102] Es Cristo que pasa, n. 17

[103] Cfr. Ibidem, n. 49

[104] Amigos de Dios, n. 295. «Dios está contigo. En tu alma en gracia habita la Trinidad Beatísima.

-Por eso, tú, a pesar de tus miserias, puedes y debes estar en continua conversación con el Señor» (Forja, n. 261)

[105] Amigos de Dios, n. 145. Cfr. Conversaciones, n. 102. «Aprende a alabar al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo. Aprende a tener una especial devoción a la Santísima Trinidad: creo en Dios Padre, creo en Dios Hijo, creo en Dios Espíritu Santo; espero en Dios Padre, espero en Dios Hijo, espero en Dios Espíritu Santo; amo a Dios Padre, amo a Dios Hijo, amo a Dios Espíritu Santo. Creo, espero y amo a la Trinidad Beatísima.

-Hace falta esta devoción como ejercicio sobrenatural del alma, que se traduce en actos del corazón, aunque no se vierta en palabras» (Forja, n. 296)

[106] Cfr. Es Cristo que pasa, n. 64

[107] Cfr. Camino, n° 892, 893, 896

[108] Amigos de Dios, n. 245

[109] Es Cristo que pasa, n. 142

[110] Amigos de Dios, n. 152

[111] Prov 8, 31: cfr. Amigos de Dios, n. 152

[112] Amigos de Dios, n. 243

[113] Ibidem, n° 306-307

[114] Es Cristo que pasa, n. 122. Cfr. n. 183. «Necesitas imitar a Jesucristo, y darlo a conocer con tu conducta. No me olvides que Cristo asumió nuestra naturaleza, para introducir a todos los hombres en la vida divina, de modo que -uniéndolos a El- vivamos individual y socialmente los mandatos del Cielo» (Forja, n. 25)

[115] Es Cristo que pasa, n. 122. Cfr. Camino, n. 919. «Si eres otro Cristo, si te comportas como hijo de Dios, donde estés quemarás: Cristo abrasa, no deja indiferentes los corazones» (Forja, n. 25)

[116] A. del Portillo, Una vida para Dios, p. 74

[117] Es Cristo que pasa, n. 106. Cfr. Amigos de Dios, n. 256. «¡Qué respeto, qué veneración, qué cariño hemos de sentir por una sola alma, ante la realidad de que Dios la ama como algo suyo!» (Forja, n. 34)

[118] Es Cristo que pasa, n. 30

[119] Ibidem, n. 100

[120] Ibidem, n. 106. Cfr. Conversaciones, n. 1.

[121] Amigos de Dios, n. 266. «En un cristiano, en un hijo de Dios, amistad y caridad forman una sola cosa: luz divina que da calor» (Forja, n. 565).

[122] Amigos de Dios, n. 231.

[123] Cfr. Es Cristo que pasa, n. 124

[124] Camino, n. 929.

[125] Amigos de Dios, n. 108. «La alegría es consecuencia necesaria de la filiación divina, de sabernos queridos con predilección por nuestro Padre Dios, que nos acoge, nos ayuda y nos perdona.

-Recuérdalo bien siempre: aunque alguna vez parezca que todo se viene abajo, ¡no se viene abajo nada!, porque Dios no pierde batallas» (Forja n. 332). «Si nos sentimos hijos predilectos de nuestro Padre de los cielos, ¡que eso somos!, ¿cómo no vamos a estar alegres siempre? -Piénsalo» (Forja, n. 266)

[126] Cfr. Camino, n. 659

[127] Es Cristo que pasa, n. 160

[128] Amigos de Dios, n. 108

[129] Es Cristo que pasa, n. 177

[130] Ibidem, n. 126. Cfr. Camino, n. 692, 864. «Hijo, óyeme bien: tú, feliz cuando te maltraten y te deshonren; cuando mucha gente se alborote y se ponga de moda escupir sobre ti, porque eres omnium peripsema -como basura para todos...

-Cuesta, cuesta mucho. Es duro, hasta que -por fin- un hombre se acerca al Sagrario, se ve considerado como toda la porquería del mundo, como un pobre gusano, y dice de verdad: Señor, si Tú no necesitas mi honra, ¿yo para qué la quiero?

Hasta entonces, no sabe el hijo de Dios lo que es ser feliz: hasta llegar a esa desnudez, a esa entrega, que es entrega de amor, pero fundamentada en la mortificación, en el dolor» (Forja, n. 803)

[131] Es Cristo que pasa, n. 168

[132] Ibidem, n. 21

[133] A. del Portillo, Una vida para Dios, p. 39

[134] Amigos de Dios, n. 108. Cfr. Camino, n. 739

[135] Camino, n. 746

[136] Amigos de Dios, n. 246

[137] Ibidem, n. 303

[138] Es Cristo que pasa, n. 65

[139] Ibidem, n. 7

[140] Ibidem, n. 64. Cfr. Amigos de Dios, n. 309. «Admira esta paradoja amable de la condición de cristiano: nuestra propia miseria es la que nos lleva a refugiarnos en Dios, a endiosarnos, y con El lo podemos todo» (Forja, n. 212)

[141] A. del Portillo, Una vida para Dios, p. 22

[142] Es Cristo que pasa, n. 66

[143] Amigos de Dios, n. 95. «Ese desaliento, ¿por qué? ¿Por tus miserias? ¿Por tus derrotas, a veces continuas? ¿Por un bache grande, grande, que no esperabas?

Sé sencillo. Abre el corazón. Mira que todavía nada se ha perdido. Aún puedes seguir adelante, y con más amor, con más cariño, con más fortaleza.

Refúgiate en la filiación divina: Dios es tu Padre amantísimo. Esta es tu seguridad, el fondeadero donde echar el ancla, pase lo que pase en la superficie de este mar de la vida. Y encontrarás alegría, reciedumbre, optimismo, ¡victoria!» (Via Crucis, VII, 2)

[144] Camino, n. 435

[145] Es Cristo que pasa, n. 64

[146] Amigos de Dios, n. 142. Cfr. Camino, n. 860

[147] Eph. 4,13

[148] Cfr. Mt. 18,3

[149] Santo Rosario, p. 14. «No debo pedir nada a Jesús: me limitaré a darle gusto en todo y contarle las cosas como si El no las supiera, lo mismo que un niño pequeño a su padre» (Forja, n. 351)

[150] Camino, n. 855; cfr. n. 853; Es Cristo que pasa, n. 10

[151] Amigos de Dios, n. 146. Cfr. Camino, n. 887

[152] Amigos de Dios, n. 146. «Petición confiada de hijo pequeño: querría una compunción como la tuvieron, Señor, quienes más te hayan sabido agradecer» (Forja, n. 349)

[153] Amigos de Dios, n. 148. Cfr. Camino, n. 93

[154] Amigos de Dios, n. 153

[155] Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer, Rialp, n. 114.

[156] Ibidem.

[157] Alvaro del Portillo, Mons. Escrivá de Balaguer, instrumento de Dios, p. 37.

[158] No sólo en el caso de los vivientes no espirituales, que realizan el fin de glorificar a Dios mediante el simple cumplimiento necesario de las leyes naturales, sino también en el hombre: «es imposible que un mismo hombre pueda tener varios fines últimos, no subordinados entre sí (Santo Tomás de Aquino, Summa Theologiae, I-II, q.1, a.5)

[159] Santo Tomás, Quaestiones disputatae de Malo, q.5, a.1, c.

[160] Ecclo, 15,14

[161] San Agustín, De civitate Dei, lib. XIV, c.28: PL 41, 436

[162] Cfr. C. Cardona, Metafísica de la opción intelectual, p. 103

[163] «El amor de Dios es unitivo, en cuanto que arrastra al afecto del hombre de la multitud a la unidad. Por tanto, las virtudes que brotan del amor de Dios están unidas. En cambio, el amor propio disgrega el afecto del hombre, en cuanto que el hombre, amándose, apetece para su bien cosas temporales, que son múltiples y diversas. Por consiguiente, los vicios y pecados, producidos por el amor propio, no están unidos» (Santo Tomás de Aquino, Summa Theologiae, I-II, q.73, a.1 ad 3)

[164] Cfr. Santo Tomás, Summa Theologiae, I-II, q.82, a.4, ad. 1

[165] Cfr. ibidem, q.74, a.3, ad 2

[166] Cfr. 1 Ioh 2,16; J. Escrivá de Balaguer, Es Cristo que pasa, n. 4-6

[167] Cfr. Gen 3,17-18

[168] Es Cristo que pasa, n. 112

[169] «¿Quién podrá describir el vínculo de la caridad divina? ¿Quién será capaz de proclamar la magnificencia de su belleza? La altura a la que ensalza la caridad es inefable. La caridad nos aglutina con Dios (...). En la caridad Dios nos asume» (San Clemente Romano, Epístola a los Corintios, PG 61, 309)

[170] Conversaciones, n. 62

[171]Gal 4,31

[172] J. Escrivá de Balaguer, Amigos de Dios, n. 38

[173] San Agustín, In Epist. Ioannis ad Parthos, VII, 8.

[174] Es Cristo que pasa, n. 10 y 126

[175] Es Cristo que pasa, n. 114

[176] Ibidem, n. 73

[177] Ibidem, n. 76

[178] Amigos de Dios, n. 296

[179] «No vivimos para la tierra, ni para nuestra honra, sino para la honra de Dios, para la gloria de Dios, para el servicio de Dios: ¡esto es lo que nos ha de mover!» (Forja, n. 851)

[180] Camino, n. 768

[181] Ibidem, n. 773

[182] Ibidem, n. 278. «La rectitud de intención está en buscar “sólo y en todo” la gloria de Dios» (Forja, n. 921)

[183] Camino, n. 778.

[184] Cfr. Es Cristo que pasa, n. 11. «Tu vida ha de ser oración constante, diálogo continuo con el Señor: ante lo agradable y lo desagradable, ante lo fácil y lo difícil, ante lo ordinario y lo extraordinario... En todas las ocasiones, ha de venir a tu cabeza, enseguida, la charla con tu Padre Dios, buscándole en el centro de tu alma» (Forja, n.538)

[185] Amigos de Dios, n. 247

[186] Ibidem, n. 150

- [187] Conversaciones, n. 113
- [188] Ibidem, n. 114
- [189] Amigos de Dios, n. 165
- [190] Amigos de Dios, n. 75
- [191] Conversaciones, n. 88
- [192] Amigos de Dios, n. 91; cfr. Camino, n. 409
- [193] Amigos de Dios, n. 75
- [194] Ibidem, n. 76
- [195] Ibidem, n. 90
- [196] Ibidem, n. 74; cfr. Es Cristo que pasa, n. 98
- [197] Conversaciones, n. 114
- [198] Es Cristo que pasa, n. 48
- [199] Cfr. J.L. Illanes, La santificación del trabajo
- [200] A. del Portillo, Una vida para Dios, p. 50
- [201] Amigos de Dios, n. 312
- [202] Camino, n. 813
- [203] Es Cristo que pasa, n. 10; cfr. n. 126
- [204] Camino, n. 89
- [205] Amigos de Dios, n. 238
- [206] Por encima de algunas voces discordantes en la teología actual sobre este punto tradicional de la doctrina católica, el Papa ha enseñado que Jesucristo «en su condición de peregrino por los caminos de nuestra tierra (viator), estaba ya en posesión de la meta (comprehensor) a la que debía conducir a los demás.
- [207] Es Cristo que pasa, n. 106
- [208] Amigos de Dios, n. 239; cfr. Camino, n. 961
- [209] «la caridad consiste principalmente en el amor de Dios, y secundariamente en el amor del prójimo, al que corresponde no solo querer su bien, sino hacérselo» (Santo Tomás, S. Th. II-II, q. 66, a.6, c)

- [210] Amigos de Dios, n. 229
- [211] Ibidem, n. 264
- [212] Amigos de Dios, n. 204; cfr. Camino, n. 579
- [213] Iac 20, 26
- [214] Gal 5, 6
- [215] Camino, n. 353. «Tengamos la valentía de vivir pública y constantemente conforme a nuestra santa fe» (Surco, n. 46)
- [216] Cfr. Conversaciones, nn. 116-117. «No quieras hacer del mundo un convento, porque sería un desorden... Pero tampoco de la Iglesia una bandería terrena, porque equivaldría a una traición» (Surco, n. 312)
- [217] Conversaciones, n. 73
- [218] Cfr. Conversaciones, n. 84
- [219] Conversaciones, n. 93
- [220] Es Cristo que pasa, n. 17
- [221] Ibidem.
- [222] Cfr. Es Cristo que pasa, n. 173; San León Magno, Sermo, 43: PL 54, 285.
- [223] Amigos de Dios, n. 29
- [224] Cornelio Fabro. El primado existencial de la libertad (Obra colectiva Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer y el Opus Dei, pp. 341-356)
- [225] Es Cristo que pasa, n. 176
- [226] Gal 2, 20
- [227] Camino, n. 758
- [228] Amigos de Dios, n. 132. «Me has preguntado si tengo cruz. Y te he respondido que sí, que nosotros siempre tenemos Cruz. -Pero una Cruz gloriosa, sello divino, garantía de la autenticidad de ser hijos de Dios. Por eso, siempre caminamos felices con la Cruz» (Surco, n. 249)
- [229] Camino, n. 662
- [230] Es Cristo que pasa, n. 97
- [231] Cfr. Col 3, 14

- [232] Es Cristo que pasa, n. 103
- [233] Cfr. Ioh 1,14; Rom. 8,29
- [234] Es Cristo que pasa, n. 87
- [235] Ibidem, n. 104
- [236] Cfr. Conc. Vaticano II, Const. dogm. Lumen gentium, n. 9
- [237] Via Crucis, X estación, n. 5
- [238] A. del Portillo, presentación a Es Cristo que pasa, p. 14
- [239] Cfr. Conc. Vaticano II, Decr. Presbyterorum Ordinis, n. 5 y 13
- [240] Cfr. Es Cristo que pasa, n. 141
- [241] San Agustín, De sancta virginitate, 6: PL 40, 399; cfr. Es Cristo que pasa, n. 141
- [242] Es Cristo que pasa, n. 144
-
- [IA1]